Crítica para los Niños

Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

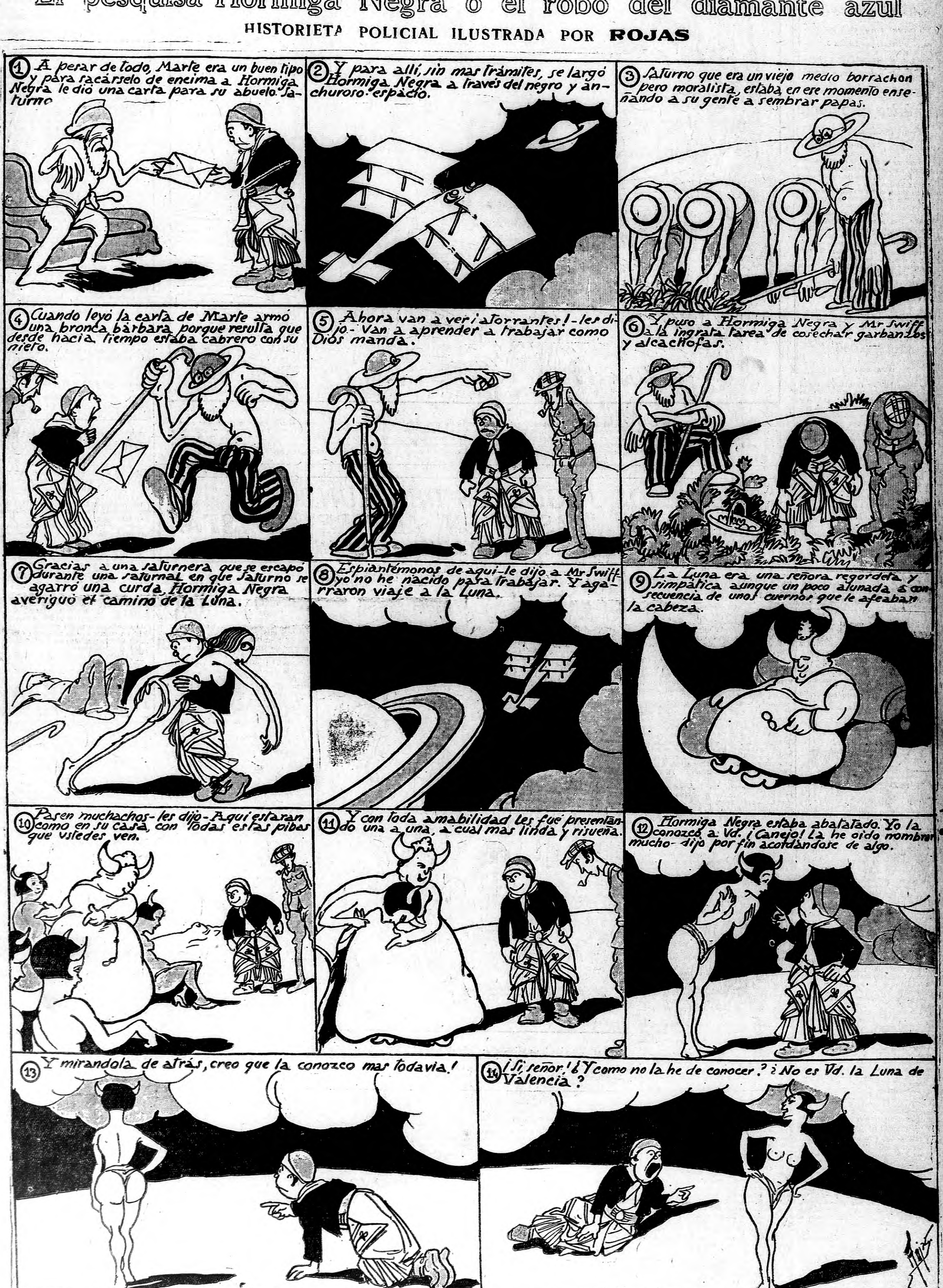
EL REPARTO DE SIVA
Siva, que manda al
(hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos
y hace que sople el
(viento,
sentado en el umbral de
(un claro día,
ha de ello mucho tiem-
(po,
repartió su porción a
(cada uno.

desde el Rey, que en el
(gudde se reclina,
al pobre pordiosero.
[illegible] todo Siva, el que
(protege,
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello,
(al buey forraje,
y a ti, mi niño, por co-
jín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR **ROJAS**



Cuentos para niños, escritos por ellos mismos

Esta semana resultaron premiadas las siguientes descripciones:

"El músico ambulante", por Elena Vázquez. 10 años.
"Ana y Rosa", por Nélida J. Lainati. 9 años.
"El oso amaestrado", por Irma Guido. 10 años.
"El gitano", por Gregorio Scheiners.

El músico ambulante

(Premiado)

Al compás de una dulce melodía que entona don Juan, en su vieja flauta, Macoco, su amigo inseparable que lo acompaña hasta en los momentos más amargos de su vida, baila graciosamente sobre sus patas traseras.

Juan no teniendo ya recursos con que vivir, no tiene más remedio que pedir limosna, en compañía de su fiel amigo. Macoco cansado ya de danzar y ser la admiración de chicos y grandes, toca suavemente con su gran pata el brazo de su amo, como diciendo: ¡Es hora que te den tu recompensa! Y éste sacándose el sombrero, recibe sobre él una lluvia de monedas. Y a pesar de sus 86 años, el viejo don Juan continúa dedicado a la tarea que es su sustento.

Don Juan es querido por los niños, y cuando lo ven, gritan: ¡Papá! ¡Mamá! vengan que viene don Juan con su Macoco!

Elena Vázquez
10 años.

Ana y Rosa

(Premiado)

Ana y Rosa habían resuelto ir a casa de su tía, pero, como su mamá no les había dado permiso, tuvieron que esperar. Por fin llegó la mañana en que la mamá dió permiso a las niñas para realizar su deseo, dándoles algunas monedas para que se compraran golosinas.

Al llegar a una esquina encontráronse con un viejecito, el cual, imposibilitado de trabajar debido a los achaques de la edad, se ganaba la vida haciendo bailar a un oso y tocando una música agradable. Ana explicó a Rosa cómo se ganaba la vida aquel pobre anciano, y ambas, de común acuerdo, resolvieron entregarle sus monedas.

Al regresar a su casa refirieron todo a sus queridos padres, quienes como premio le dieron un abrazo, un beso y una felicitación por su obra de caridad.

Nélida J. Lainati.
9 años.

DESCRIPCION DE ESTA LAMINA



Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto pueden sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

El oso amaestrado

(Premiado)

Esa lámina representa a un oso amaestrado, y que está bailando al son de la música de un pequeño instrumento, que toca su dueño, sentado junto a él.

¡Qué triste será para ese animal tener que vivir bajo el mando de un hombre, muy lejos de las regiones polares en donde era señor y rey!

Pero no; ese hombre no castigará a su animalito; al contrario, lo cuidará bien y lo querrá mucho, pues gracias a él gana el dinero suficiente para poderle llevar el pan a sus hijos.

Un chico de corta edad, contempla la escena con cara de miedo y de asombro, y parece decir: "Pero éste no es un oso como el que me trajeron los reyes; éste es un oso de verdad, es un oso de carne y hueso."

Junto al chico, una nena mira sonriendo las habilidades del oso, y dirá entre sí: "¡qué feliz sería yo si ese oso fuera mío!; ¡cuántos ratos agradables pasaría junto con mis hermanitos!".

El gitano

(Premiado)

Después de haber atravesado mil regiones, sufriendo los rigores de todos los climas, bajo cielos de todos colores con gentes de todas las razas y costumbres, llegó un día a ese pueblo cierto gitano.

Siempre acompañado de su único amigo, el oso, paso su juventud sufriendo toda clase de penalidades, hasta que llegó a ese pueblo, viejo, agobiado por los años, pero siempre tocando su vieja flautita y haciendo bailar al oso, quien dando mil vueltas, es el contento y distracción de los muchos niños que lo observan con atención.

Y tocando una sencilla pero dulce y suave melodía gitana, mientras el oso amaestrado hace sus cotidianas pruebas el viejo gitano; rodeado de niños, mira allá lejos con sus ojos que tanto han visto, creyendo revivir su alegre juventud, oyendo las risas que reflejan la alegría de esos inocentes niños...

Gregorio Scheines.
(14 años)

TODOS LOS JUGUETES DEL MUNDO PASAN EN ALEGRE REVISTA

LOS MUNECOS Y LA IMAGINACION INFANTIL

Todos los niños del mundo se asemejan en su inclinación por los juguetes; pero puede afirmarse que todo los juguetes del mundo no se asemejan.

Siendo el folklore una de las principales fuentes de inspiración para los encargados de confeccionarlos, es lógico que cada país imprima un rasgo característico a esos objetos destinados a hacer la delicia de esos queridos seres.

Para el niño dotado de imaginación un palo de escoba será, cuando él quiera, un caballo, una estación, un tren, y para el que carezca del divino don los mismos objetos reales serán siempre un palo de escoba.

Pero si a los primeros se les ofrece un juguete que imite un caballo, una estación o un tren y se les previene: esto es un caballo, una estación o un tren, se negarán a creerlo, pues su misma imaginación le impedirá ser engañados.

Así, el juguete debe ser sencillo y eludirá las estilizaciones más o menos caprichosas que lo aproximan más bien al bibelot de arte, alejándolo de su finalidad.

Frecuentemente los obreros aciertan más que los artistas, pues éstos se pierden en vagas preocupaciones estéticas, que nada tienen que ver con los juguetes.

La señora Lucía Félix-Faure Goyau dice con razón:

"Hay una estética del juguete como hay una filosofía del juguete...

"Por vocación, el juguete debe ser brillante, jubiloso, rozagante y no evocar más que sueños rosas. Debe tener un ideal, como el gran arte, pero no un ideal de poesía y belleza, sino un ideal de alegría infantil, un ideal de dulce dicha, el ideal de los parientes que corren un telón de flores sobre el misterio de la noche para no asustar demasiado a los pequeños. Pertenecen al arte en que, como él, hace su elección entre los elementos de la vida..."

El humilde obrero, que talla en madera un carnero bien rizado o una pastora demasiado redonda está más cerca del coro de pequeños que aquel industrial de New York que hace varios años hacía saber a sus compatriotas que después de largas y penosas investigaciones había llegado a crear bebés artificiales que gritaban como verdaderos niños. Se leía en su catálogo:

Un bebé (núm. 1), gritón de primera categoría, con un timbre de voz bastante malicioso y una gradación regulada de sones, cuesta 10 dólares.

Un bebé (núm. 2), de gemidos violentos, lamentables e intolerables (sic), cuesta 5 dólares.

Un bebé (núm. 3), de gritos estridentes, pero intermitentes, cuesta 2 dólares.

¡Los juguetes y los juegos de la infancia! ¡Cuántas evocaciones no sugerirán más tarde.



Coches de todas las naciones, de licia de todos los niños del mundo

Hay otra opinión que merece tenerse en cuenta, es la de la deliciosa Rosa Mary, que sugiere que los juguetes pueden remedar ciertas costumbres animales, por ejemplo: el gorrión que se come al chingolo. La idea no es mala y resultaría siempre mejor que esas pantomimas de boxeadores, desprovistas de poesía, que adornan las vidrieras de ciertos negocios. Sobre todo que sería instructivo sin dejar de ser entretenido, único fin de todos los juguetes.

Como el juguete marcha con la época y sigue paso a paso la moda, resultaría de completa actualidad, pues estamos demasiado habituados a ver al pez grande tragarse al pequeño.

La divagación puede llevarnos lejos de nuestro propósito, que no es otro que el de pasar una ligera revista sobre los juguetes de las muchas naciones del mundo.

Los rusos, siguiendo las nuevas orientaciones políticas de su país han arrojado lejos los vistosos trajes de oficiales de la guardia del zar y avivando el rojo de las mejillas de sus toscos muñecos de madera los han vestido de campesinos.

Los asiáticos — únicos cultores del arte decorativo — son los que más imaginación ponen en la confección de los muñecos.

Los checoeslovacos aman la sencillez de las líneas y la sobriedad de colores.

En un solo dibujo reunimos los coches más raros que un agente de tráfico, como un gimnasta cualquiera, encauza por una calle que para los niños debe tener la significación del paraíso.

En cuanto a los pieles rojas no olvidan las preocupaciones de sus ídolos, de los que sus fantoches son fiel reflejo.

Los alemanes, es decir, los jueguetes, no concuerdan con lo que nos es dable esperar del país que inventó la estética.

Lo que se observa ahora es que los niños en general prefieren a los juegos de paciencia, que fueron el encanto de nuestra infancia, los juegos de impaciencia, y éste es un signo significativo para los encargados de encauzar al niño por la senda de la sabiduría.

Y, como en todos los tiempos, las niñas seguirán prefiriendo a las muñecas, porque ellas intuitivamente les anuncian la misión que están llamadas a desempeñar y porque las entrena en el manejo del juguete que quizás más tarde haga amena o amarga su vida: el hombre; y los niños, en su inquietud desgarrarán el vientre de la ballena para cerciorarse de que Jonás no pudo esconderse en su interior. Y los hombres seguiremos pensando que también somos juguetes, juguetes y nada más que juguetes.

DE TODO UN POCO

Hasta hace muy poco tiempo sólo Europa poseía fábricas de radio, pero ahora va Australia a hacer la competencia a los europeos.

En Sydney acaba de prepararse una cantidad de bromuro de radio extraído de minerales australianos.

Según el "Times" de Londres, la cantidad producida asciende a 400 miligramos y la fábrica puede producir 40 miligramos semanales.

Para hacerse cargo de lo que significa estas cifras, hay que tener presente que el precio del bromuro de radio pasa de 350 francos el miligramo.

El elegante barrio de Berlín, conocido por Charlotenburgo, recibe también el nombre de "barrio de las viudas". En el último censo figuran 14.543 señoras de este estado, proporción grandísima si se tiene en cuenta que la población femenina de Charlottenburgo es de 26.240.

Un piscicultor de Potsdam, aficionado a los deportes, ha calculado con cronómetro en mano, la velocidad con que nadan los peces.

El campeón del agua dulce es la trucha, que recorre cien metros, a razón de treinta y cinco kilómetros por hora; el lucio es menos rápido, pero tiene más resistencia y puede navegar más tiempo, a razón de veintitrés kilómetros por hora. El barbillo hace dieciocho kilómetros y la carpa y la tenca, trece. La anguila no pasa de los doce por hora.

M. Souverin, propietario del gran periódico ruso "Novoie Vremia", casó a su hija con M. Masoiedoff Ivanhoff, hijo del ministro de obras públicas del imperio y les señaló "los beneficios de una de las páginas de anuncios de su periódico, lo cual representa 1.500 pesos semanales, o sea una renta de 75.000 pesos anuales.

Menos suntuoso, indudablemente, pero muy original fué el regalo de un aldeano a su hija, la cual recibió el día de la boda diez y ocho hermosas vacas (una por cada año que contaba). Al novio, que tenía veintitrés años, le regaló otros tantos corderos.

Mr. Harper, ricacho del Illinois señaló los siguientes dotes para sus hijas: la primera recibiría su peso en oro, la segunda su peso en plata y la tercera su peso en cobre. La número uno encontró a escape pretendiente y recibió 210.000 pesos. Pocas semanas después se casó la segunda y percibió 16.000 pesos. La tercera tuvo que esperar dos años. Su peso en cobre equivalía a la miseria de 800 pesos, y eso que tenía buenas carnes.

Las mujeres de Idsia, en la provincia austriaca de Krani, estaban tan descontentas con la brigada de bomberos, que han organizado otra compuesta de sesenta "bomberas", con Frau Marie Straos a la cabeza.

El color de los libros oficiales es: el amarillo en Francia, el rojo en España, el verde en Portugal, el azul en Inglaterra, el blanco en Alemania y el rojo en Austria Hungría.

El domo de la catedral de San Pablo, de Londres, tiene tantos pies de altura como díae tiene el año.

Hace varios años se celebró en Ginebra (Suiza), una conferencia internacional para tratar de la adopción de un calendario internacional perpetuo.

Entre los muchos proyectos que se discutieron figuraba uno de Leroy S. Boyd. Según este proyecto, el calendario perpetuo constará de trece meses de veintiocho días, o sea un total de 364 días. El día sobrante, el 365 del año no se contará en ningún mes; precederá al día primero de enero y se llamará día de Año Nuevo.

En los años bisiestos, el día 366 no se contará tampoco en ningún mes; seguirá al último día de diciembre y se denominará día de año bisiesto. El nuevo mes se llamará "Solaris" y se colocará entre junio y julio.

La ciencia aplicada progresa que es un primor. Ya hay quien no se contenta con llevar los cadáveres a los hornos de cremación y guardar las ceniñas. Un señor francés entregó las ceniñas de su esposa a un químico para que extrajera el hierro que contenían, y con el metal resultante se ha hecho una sortija.

La Idea de Pedrito

—¿De modo, doctor, que si mamá no va a ese sitio que usted dice, no podrá curarse? — preguntó Pedrito lanzando una ansiosa mirada sobre el médico a quien acompañaba hasta la puerta.

El doctor meneó la cabeza.

—No hay remedios que darle. Lo que su mamá necesita es aire, sol y alegría.

Y se alejó dejando al pobre muchacho en la mayor consternación.

¿Aire... en aquella pobre habitación



estrecha y mezquina?

¿Sol... en aquel país tan húmedo, donde llovía seis días cada semana?

¿Alegría... cuando la pobre mujer no conocía más que el trabajo abrumador y, con frecuencia, la miseria, desde que murió su esposo a consecuencia de una enfermedad larga y costosa?

Pedrito había oído que a las prescripciones onerosas del médico, murmuraba su madre resignada:

—No puedo hacer, doctor, lo que usted me ordena, y, si no fuera por mi pobre hijo, renunciaría a curarme.

Pedrito se asustó. ¿Perdería a su madre, quedando solo en el mundo?

Lo malo es que no veía ningún medio de salir del apuro. Su alcancía estaba vacía hacía ya unos meses y no tenía nada que vender.

Permanecía inmóvil en el descansillo de la escalera, entregado a aquellas reflexiones, y al oír las voces de la portera y de una sirvienta que charlaban a más y mejor, se acordó de que su madre le había encargado que fuera a comprar leche, y, sin cerrar la puerta, echó a correr escaleras abajo.

Al pasar junto a las dos mujeres disminuyó su velocidad y oyó que decía la portera:

—Envidio a su patrona que pasa todo el invierno en el mediodía, donde dicen que hay siempre un clima espléndido.

—Es verdad — contestó la cocinera de la inquilina del primer piso — pero la pobre siempre está sola. Lo mismo se aburre allá que aquí. En cuanto a mí...

—¡Qué suerte tiene usted!

—No crea... Piense que no llevamos a la mucama y estoy yo sola para hacerlo todo.

Las dos amigas continuaron hablando: pero Pedrito estaba ya lejos.

Cuando volvió, siempre pensativo, encontró en el descansillo del primer piso un riquísimo llavero con varias llaves niqueladas; supuso que pertenecerían a la inquilina de aquel piso, y llamó a la puerta, la que fué abierta acto continuo por la mucama, nueva en la casa, la que ya se contentaba con tomar las llaves, pronunciando un "gracias" breve e iba a cerrar cuando de una puerta entreabierta salió una débil voz:

—María, recompense a ese muchacho que ha traído las llaves... Estaba inquieta... Creí que las había perdido en la calle.

Pedrito adelantó un paso.

—No necesito recompensa por una acción que no tiene nada de particular — dijo el muchacho tomando una resolución — pero desearía que se me permitiese hablar un momento con la señora.

—Yo no sé si... — murmuró la mucama mirando hacia el fondo del corredor.

La voz la interrumpió.

—Vamos, María, tráigame a ese niño, que le daré caramelos.

Pedrito siguió a la sirvienta, que le introdujo en una hermosa habitación, donde se hallaba una señora de cierta edad leyendo un libro:

—¿Qué quieres, hijito? — le preguntó abriendo un cajón para sacar de él una caja de bombones.

Pedrito la detuvo con un ademán.

—No, señora; nada de bombones... aunque me gustan mucho; pero no quiero comer dulces mientras mi mamá está sufriendo arriba.

—Es verdad, que eres el niño del quinto piso... ¿De modo que tu madre sigue enferma?

—Sí, señora, muy enferma.

—Me va a pedir un socorro — pensó la buena señora, reprochándose interiormente no haberse ocupado antes de aquellos desgraciados — y agregó en voz alta:

—¿Entonces deseas para ella algunas comodidades?

—No, señora: no es eso... Deseo mucho más. Pero, ante todo, ¿me permite usted preguntarla si es verdad que va a marchar a otra población?

—Sí, como todos los inviernos, me voy al mediodía — conteestó sorprendida la buena señora.

—Y siempre se aburre usted ¿no es cierto?... ¿No lleva usted a nadie más que a su cocinera?

—Pareces muy bien enterado de mis asuntos.

—Por casualidad oí que su cocinera le decía eso a la portera.

—Bueno, ¿y a dónde quieres ir a parar?

—A esto. El médico ha dicho que mamá no necesita remedios, sino aire, luz y alegría, y como ella no puede procurarse nada de eso... Yo he pensado que... ya que usted se aburre de estar sola... podría llevarse a mamá. Ella le haría compañía y le arreglaría todas sus cosas.

Sorprendida por aquella repentina proposición, la señora acabó por sonreír. Al fin y al cabo, aquel niño hablaba con toda la inocencia de su excelente corazoncito y ¡parecía amar tanto a su madre!...

—Piense usted(señora, que mamá se morirá si no puede ir allá...

—¿Y qué harás tú durante su ausencia?

Pedrito quedó petrificado. No había pensado en ello.

—Pues yo — dijo al fin — me ganaré la vida. Me colocáré en cualquier casa de comercio...

—Bueno; déjame reflexionar y mañana te conteestaré.

La buena señora, sin perder tiempo, pidió informes de la madre de Pedrito, siendo todos sumamente satisfactorios Era una buena mujer, muy bien educada, que había soportado valientemente la desgracia. Poseía además una instrucción más que suficiente para servir de secretaria a la señora del primer piso, cuya vista se iba debilitando.

Aquella misma noche entró la alegría en casa de Pedrito en una esquelita de la rica locataria del primer piso, pues aquella señora se llevaba a la mamá del pobre niño como dama de compañía para el viaje que se proponía hacer, y al niño le tomaba también en la casa, por si servía para algo. No le faltaría trabajo, pues la cocinera se quejaba de estar algo recargada de quehaceres, y el chiquilín podía muy bien hacer algunos mandados y compras. Todavía le quedarían muchos ratos para jugar y correr tras las mariposas.

La señora del primer piso no tuvo que arrepentirse por haber devuelto la salud y la dicha a la madre de Pedrito. Y tanto se aficionó a sus protegidos que ya no podía pasarse sin ellos. Pedrito le debió el bienestar de su madre y se condujo como un hombre agradecido.

Roger Dombre.

Amiguitos de CRITICA vistos por Bravo



Cora Araucana Bunster



Juan Antonio Balsarotti



Oscar Oreste González



Fernando Greral



Delia Gladys Renzulli Barceló



Virginia Bordon





Floreal Alberto Peroth



Elvira Célica Iparraguirre



Aramis Hugo Blanco Osa

El Traje de "Jaquette"

Américo Martinelli se jactaba de ser el sastre más reputado de Catamarca. Era un hombre calvo, de anteojos y estatura menos que mediana. Estaba muy orgulloso de su profesión, y decía con frecuencia:

—Diga lo que quiera el refrán, la verdad es que el hábito hace el monje. El hombre no es nada sin su sastre.

Su mayor gloria era la de no haber fallado nunca en sus confecciones. Con él no había necesidad de probar la ropa. Bastábale tomar la medida para que sus trajes vinieran bien a los clientes, sin necesidad de retocarlos.

Hace pocos meses fué llamado a casa del doctor Bagrete, diputado provincial. Se treataba de tomar la medida para un traje de "jaquette" destinado al hijo mayor de éste.

Julio Bagrete era un muchacho de 15 años que causaba la desesperación de sus padres por su elevada estatura. Crecía con tanta rapidez que al poco tiempo todos los trajes le venían cortos y era necesario reemplazarlos, aprovechando los viejos para su hermano Enrique, un año más joven de lo que resultaba que el pobre Enrique nunca podía llevar un treaje nuevo, lo que lo tenía muy furioso.

Enrique era muy simpático y muy bien formado, y a pesar de su corta edad sabía muy bien presentarse en un



salón, saludar sin embarazo y contestar con gracia y desparpajo a todo lo que se le preguntaba.

Julio, en cambio, era de una timidez excesiva, y se ruborizaba cuando le dirigían la palabra y se turbaba de tal modo que contestaba balcuceando, y generalmente, alguna tontería.

Esa timidez desaparecía ante su hermano, con quien pecaba por el extremo opuesto, abusando de su fuerza para burlarse impunemente del menor.

Sólo en una cosa se parecían los dos hermanos: en ser muy golosos.

Cuando el mayor supo que su papá había mandado llamar al sastre se puso loco de alegría, siendo mayor su satisfacción al ver el despecho de Enrique. Y tenía razón para estar furioso, pues no solamente iban a hacerle un traje nuevo a su hermano, sino que ese traje era para ir a una comida a la que él no asistiría.

—¡Verás que lindo! — le decía Julio para hacerle rabiar. — Habrá dulces, masitas, pasteles...

Fué interrumpido por la aparición de su mamá que iba a decirle que el traje que iban a mandarle hacer sería de "jaquette", pues un muchachón como él debía vestir como los hombres. A Julio no le hizo eso muchea gracia, pues como era tan desgarbado creyó que no sabría llevar un traje de hombre y que estaría muy ridículo. Pero su papá lo había resuelto y era inútil protestar. En cambio, Enrique se reía para sus adentros. A él sí que le hubiera gustado un traje de "jaquette".

Poco rato después se presentó el señor Martinelli, honra y prez de los sastres, y después de deshacerse en saludos, dejó en una mesa el metro, una libreta y un lápiz, y sacando del bolsillo interior del saco un muestrario lo puso ante los ojos de los papás de nuestro héroe.

A todo esto, Julio ponía la cara más fea que puede nadie imaginarse. La idea de que tendría que presentarse en público con pantalón largo y "jaquette" le avergonzaba, los preparativos del sastre le parecían los de un atroz suplicio y trataba en vano de substraerse a él.

De pronto, se fijaron sus ojos en el metro de Martinelli, una idea absurda cruzó por su cerebro y sin qu enadie le viera, agarró el metro y con un hábil pretexto salió de la habitación. Volvió poco después y colocó el metro donde lo había dejado el sastre, sin que nadie se hubiera apercibido de su maniobra.

Hecha la elección del género por el doctor Bagrete y su esposa, procedió Martinelli a tomar las medidas.

—Date vuelta... Así... Dobla el brazo... 47... A ver la cintura... 62.

Sin dejar de conversar, pues era un poco charlatán tomó y anotó el sastre las medidas de Julio y recogiendo todas sus cosas se retiró, prometiendo enviar el traje cuatro días después... No era necesario probar.

Sabía su oficio y el traje le sentaría al muchacho como un guante.

El día indicado envió el traje, se lo puso Julio, y como había asegurado Martinelli, le sentaba como un guante... como un guante muy estrecho. El chaleco le ahogaba, el pantalón le llegaba a los tobillos y en cuanto al jaquette, no se lo pudo poner: no le entraba.

La consternación fué general. El desgraciado sastre se mesaba los cabellos, el doctor Bagrete no podía disimular su desagrado, su esposa no acertaba a explicarse lo que sucedía. Julio fingió un gran desaliento.

En cuanto a Enrique, volvía y revolvía las prendas con codiciosa mirada. Al fin no pudo contenerse por más tiempo y pidió a sus padres que le dejaran probar el traje de su hermano. Accedieron éstos, y cosa rara y milagrosa casualidad — el traje le sentaba tan admirablemente que el mismo Julio a pesar del despecho que le causaba no pudo menos de reconocerlo.

Pero lo más sensible para Julio fué cuando el doctor Bagrete, dejando para otro momento la explicación de ese misterio, resolvió que, puesto que por falta de traje no podía el mayor asistir a la comida, le reemplazaría el hermano menor.

—Diremos que estás enfermo — le dijo a Julio.

A punto estuvo Enrique de volverse loco de contento. Fué a la comida con el traje de Julio y fué muy mimado por su desenvoltura y desparpajo.

A su regreso fué a buscar a su hermano Julio y le dijo con aire burlón:

—¡Qué linda ha estado la comida!... Hubo dulces, masitas, pasteles...

El infortunado Julio lloraba de rabia. En cuanto al misterio, no tardó en aclararse... en parte, al menos.

Dos trajes entregados por Martinelli a sus clientes resultaron ridículamente cortos, y después de muchas investigaciones, el aprendiz del sastre fué el que dió con la clave: al metro de Martinelli le habían cortado los últimos centímetros y los habían pegado cuidadosamente al principio.

Julio, a quien las burlas continuas de su hermano lo tenían furioso, se dió a buscar sin descanso en la habitación de Enrique, hasta que en un rincón encontró algo que debía ser muy importante, y se fué en busca de su hermano a quien dijo con aire de triunfo:

—Mira: como vuelvas a gastarme bromas pesadas y a burlarte de mi timidez le enseño esto a papá.

Y abriendo la mano derecha, le presentó a su hermano un minúsculo pedacito de cinta.

—¿Y esto que es? — preguntóle Enrique con naturalidad.

—Un pedazo del metro de Martinelli.

Por toda respuesta soltó su hermano una franca y estrepitosa carcajada, dejando atónito a Julio, quien no sabía que Enrique había contado a sus papás su travesura, causándoles mucha gracia y mucha alegría ver la vivacidad de aquel muchacho a quien hasta entonces habían tenido poco menos que olvidado.

Pedro Ponce.

La solemnidad del cargo

¡Qué cosa tan solemne es para el diputado primerizo ir al Congreso!

Apenas rompe el día, ya está el papá de la patria en pie y preocupado con la corbata que ha de ponerse para asistir a las sesiones.

Hasta entonces ha sido un ser como otro cualquiera, ha ido por la noche al café, fuma de cuarenta y cinco y tolera chirigotas de los amigos. Todo ha cesado: un hombre a quien el propio presidente del Consejo de Ministros tiene que llamar "Su Señoría", es incompatible con la taza de moka y la picadura suave. ¡Oh, influencia de las circunstancias!

En la casa donde vive el diputado reina cierto azoramiento y hasta los garbanzos se cuecen antes, sabiendo que van a ser comidos por un representante del país.

—Eufrasia — grita el diputado llamando a su señora. — ¿Te parece que me cambie la raya al otro lado, o cree que es serio el ir peinado como voy?

—¡Hay, hijo! No sé qué aconsejarte. Yo creo que has debido pasarte por el Congreso y reunir antecedentes.

—Es que no quisiera que las oposiciones la tomaran con mi manera de ir peinado y se viese el Congreso en un conflicto. Los que pertenecemos a la mayoría, debemos apartar dificultades



del camino del ministerio, porque ¡oh, señores!...

Sin darse cuenta, el diputado se creía ya en el propio salón de sesiones e iba a espetar el primer discurso de la temporada. Mientras tanto, su esposa le mira embobada y no puede menos de exclamar:

—¡Qué talento te ha dado Dios! ¡Si te viera ahora mi pobre mamá, que decía cuando eras mi novio e íbamos a casa de las de Peluncete, que jamás servirías ni para ajustar la cuenta de la compra!

—Porque tu madre me tomó tirria desde el día en que le dejé caer sobre un juanete el saco con las bolas de la lotería.

El recuerdo de su suegra dudando de su capacidad enardece al representante del país, y cuando se presenta en el Congreso se le figura chico todo aquello.

Lo primero que hace es protestar ante el mayor de que a los diputados no se les reciba con música.

—Sí, señor; en este sentido he de pedir la reforma del reglamento. Yo creo que deberíamos entrar en el salón de sesiones formados y al son de una orquesta que se instalaría en la tribuna pública.

—Iba a parecer el paseo de la cuadrilla.

Todo le parece poco solemne y apenas ocupa el escaño que le ha correspondido, dirige una mirada a las tribunas, diciendo:

—¡Hombre, daría cualquier cosa porque estuviera Rodríguez, que se chungueaba de mí en el café porque confundí la isla Madera con un pueblo de la provincia de Palencia! ¡Anda, toma geografía!

Hay otros diputados que son exageradamente tímidos y entran por los pasillos del Congreso asustados y como si fueran a cometer un robo.

—¿Me hace usted el favor de decirme, señor portero, por dónde se va al salón de sesiones?

—Por ahí, pero hay que ser diputado

—¡Si lo soy!

—¿Usted? Si pensé que era el papelista, que está avisao para que arregle el despacho del presidente.

—Sí, señor; diputado del todo. Son cosas de papá, que se ha empeñado en que le salgo caro de gasolina porque todas las tardes ando con el automóvil de un lado para otro. Me ha hecho diputado para que me esté aquí metido por las tardes.

—Perfectamente... Pues ya sabe que si en algo puedo servirle...

—Muchas gracias. ¡Ah! Aquí se puede pedir agua con azucarillo cuantas veces se quiera ¿verdad?

—Sí, señor; los diputados tienen derecho al esponjao.

—Nada, que tiene razón papá: esto va a ser muy divertido y mucho más barato que el automóvil.

Estas emociones, propias de la solemnidad del cargo y del edificio donde se ejerce, no embargan solamente a los diputados primerizos, sino que llegan hasta algunos que vienen representando a la patria desde hace treinta y dos años.

—¡Qué recuerdos tiene para mí esa columna del salón de conferencias! Allí me abrazó Sagasta y me dijo: "Don Aniceto, usted es un amigo fiel". Junto a aquel sillón me estrechó una vez la mano Cánovas, y en aquel rincón del pasillo me dió de bofetadas un diputado adicto a Posada Herrera por haber votado en contra.

Y el buen señor derrama una conferencia en cada uno de los sitios que le recuerdan importantes episodios de su vida parlamentaria.

Al contrario de éstos, hay diputados alegres, que miran aquel lugar como si fuese su propio domicilio y hasta tratan familiarmente a los ujieres.

—Hola, Ramón. Ya estamos por aquí otra vez... ¿seguís teniendo botijo?

—Sí, señor, en la portería está a disposición de usía.

—Bueno, ya iré por allí a echar un trago... Oye, si alguna vez, cuando estemos en sesión, viene una señora preguntando por mí...

—Sí, ya sé, aquella rubia que...

—No, hombre, no; aquella se me escapó con un banderillero. Ahora es una morena que quita la cabeza. La haces pasar al despacho de los secretarios y me avisas. Si está cerca el jefe, dices que es una comisión de electores.

En suma, que para unos y para otros las Cortes son lugares importantes en su vida.

A. R. Bonnat.

Buen Ascenso

A pesar de sus veintisiete años de edad, era Leoncio Letendre de una timidez increíble.

Su principal ocupación era la de coleccionar mariposas, pero de cuando en cuando hacía algunas apariciones en el ministerio de Trabajo, del que era escribiente.

Un día cayó el ministerio y este acontecimiento que nada tiene en sí de particular, adquirió proporciones colosales cuando el nuevo ministro del trabajo insinuó la escandalosa pretensión de exigir en las oficinas de su dependencia la asistencia diaria de todos los empleados.

Estos, respetuosos de la tradición, limitaron su celo a tímidas apariciones y Leoncio Letendre tuvo buen cuidado de no imitar a sus colegas.

El ministro se enfadó. Todos los empleados recibieron orden de presentarse en su despacho para recibir una severa amonestación.

Cuando le dieron esa orden, Leoncio pensó desfallecer. ¡Comparecer ante el gran hombre! ¡Oír de su boca ministerial rígidos epítetos!... Se pondría enfermo seguramente, o bien, en el colmo del miedo, contestaría cualquier estupidez que podría acarrearle la destitución.

Una ingeniosa idea le salvó.

Se fué de un salto al ministerio de hacienda, donde tenía un buen amigo en la persona de Bilotard, escribiente como él.

—Mi querido Bilotard, tú eres un muchacho de gran desparpajo, inteligente, espiritual; no tienes igual para divertir a la gente y hacer reir a cualquiera con una palabra. Tengo que presentarme al ministerio para recibir un café aamrgo. Tú ya conoces mi timidez. Nunca me atreveré a ir.

—Pasa parte de enfermo.

—No; hay cosa mejor. Ve en mi lugar.

—¿Eh?...

—El ministro no me ha visto nunca y como pasan de cien los empleados que desfilarán ante él, ya comprenderás que es imposible que se acuerde de nuestras fisonomías. Lo esencial es que se desahogue en alguien. Si te dice algo desagradable, no hagas caso... se dirige a mí.

Para abreviar, el miedo hizo tan elocuente a Leoncio, que Bilotard se dejó seducir.

Todo sucedió como entre los dos habían convenido. Mientras Leoncio se iba tranquilamente a su casa a clavar con alfileres sus queridos lepidópteros, Bilotard se encaminó al despacho del ministro a recibir la amonestación destinada a su amigo.

Al día siguiente, deseando dar una prueba de su celo, Leoncio Letendre llegó al ministerio a la hora reglamentaria. Su jefe inmediato estaba en su sitio y en cuanto supo la llegada de Leoncio le hizo llamar.

Vagamente inquieto pasó éste al despacho de su superior. ¡Quién sabe si Bilotard no habría hecho alguna estupidez! Como no había visto a su amigo ignoraba el resultado de su visita, al ministro.

—Muy bien, señor Letendre, muy bien. ¡Buena la ha hecho usted!

Tales fueron las primeras palabras que acogieron al infortunado escribiente.

—¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo? —se dijo Leoncio pálido de angustia.

—De modo — continuó en tono severo el alto funcionario, hojeando un expediente. — que usted a quien todos teníamos por un empleado tímido, humilde, apto sólo para desempeñar el modesto puesto que ocupa, es un hombre superior, independiente... de chispa...

—Oh... — balbuceó Leoncio.

—Sí, señor; de chispa. Porque según parece, se ha atrevido a hacer chistes ante el señor ministro.

—¿Yo?

—Sí... sobre la ley del descanso dominical, según tengo entendido. A S. E. le ha hecho mucha gracia... ¿Qué le dijo usted?

—Pero... sí... yo... no... se...

—¿Vuelve usted al sistema de disimulo que ha empleado hasta ahora?... Ya comprendo: lo hace para evitar los juicios que puedan formar a su respecto. Por eso tal vez ha ocultado siempre que hablaba el inglés y el japonés...

—El.. japo...

—Es inútil, señor Letendre; ya no nos engaña usted más — interrumpió rudamente el funcionario, poniéndose a escribir algunas palabras.

—Vamos, cosa hecha — pensó Leoncio más muerto que vivo. — Está decretando mi destitución.

El jefe de la oficina se levantó.

—En lo sucesivo — dijo — hará usted bien en dejar a un lado la caza de mariposas. (Ya ve usted que estoy al corriente). Es vergonzoso que para satisfacer una pasión tan fútil, finja usted una inferioridad que, confinándole en un empleo modesto, le pone al abrigo de toda responsabilidad y le deja libre muchas horas que hubiera usted podido emplear más útilmente en provecho de la Administración. Usted no tiene derecho para distraer en provecho propio su inteligencia y sus cualidades, que pertenecen a la nación. El señor ministro quiere servirse de todas las capacidades, quiere tener a su lado a los hombres superiores, como usted y le ha nombrado jefe de servicio de la sección primera del ministerio. Aquí tiene usted el nombramiento. Vaya a arreglar sus cosas y mañana tomará posesión de su nuevo cargo.

Y como Leoncio permanecía como idiotizado, sin hacer un gesto y sin pronunciar una palabra, el funcionario le empujó amigablemente hacia la puerta, poniéndole las manos en los hombros:

—Vamos, vamos, mi querido coleg. Ya le he dicho que es inútil fingir. Ya no nos engaña usted más.

Lo más extraordinario de la aventura es que, a pesar de todo, conservó Leoncio su reputación de hombre superior—tal es la fuerza de una opinión bien sentada—y que desempeña su puesto admirablemente.

E. Jolicler

UN DRAMA A

Ilustraciones de MOREY

Puede asegurarse, casi en absoluto que la juventud posee un compaás con el cual se complace en medir lo venidero; cuando su voluntad concuerda con los grados del ángulo por ella abiertos, suyo es el mundo. Pero este fenómeno de la vida moral, sólo se realiza a determinada edad. Esta edad, que para todos los hombres se halla comprendida entre los veintidós y los veintiocho años, es la de los grandes pensamientos, la de las concepciones primeras, porque es la de los deseos ilimitados, la en que de nada se duda, y quien dice duda, dice ineptitud. Tras esa edad, veloz como una sementera, viene la de la ejecución. En cierto modo hay dos juventudes, la juventud durante la cual crecemos y aquella durante la cual obramos; a menudo ambas se confunden en los hombres favorecidos de la naturaleza, y que, como César, Newton y Bonaparte, exceden a los más grandes.

Estaba yo midiendo el tiempo que, para desenvolverse, necesita un pensamiento y, con mi compás en la mano, en lo alto de una peña, a cien toesas sobre el nivel del Océano, cuyas olas se estrellaban en los escollos, ahondaba en mi porvenir poblándolo de obras, como un ingeniero que, en un terreno raso, traza fortalezas y palacios. El mar estaba como una balsa de aceite, y mientras me vestía, después de haber estado nadando, esperaba a Paulina, mi ángel custodia, que se estaba bañando en una especie de cubo de granito con fondo de menuda arena, baño el más coquetón que la naturaleza haya creado para sus nereidas. Nos hallábamos al extremo de Croisic, hermosa península de la Bretaña, lejos del puerto, en un sitio que el fisco ha juzgado tan inaccesible, que los carabineros casi nunca lo pisan. ¡Nadar en el aire después de haberlo hecho en el mar! ¿Quién no ha nadado en lo porvenir? "¿Por qué sobreviene un mal? — decía entre mí —. ¿Quién lo sabe?" Las ideas nos asaltan el corazón o el cerebro, sin consultarnos. No hay cortesana más caprichosa ni más altiva que la concepción, para los artistas; cuando se presenta hay que asirla como a la fortuna, agarrando todos sus cabellos. Encaramado en mi pensamiento, como Astolfo en su hipógrifo, cabalgaba, pues, a través del mundo, disponiendo de todo a mi antojo; y al buscar en torno mío algún presagio para las audaces empresas que mi ferviente fantasía me incitaba a acometer, un chillido alegre, el chillido de una mujer que sale del baño, reanimada, gozosa, dominó el murmurio de las franjas continuamente inmóviles que marcaban el flujo y el reflujo en las sinuosidades de la costa. Al oír aquella nota salida del alma, parecióme haber visto en las peñas el pie de un ángel que, desplegando sus alas, hubiese gritado: "¡Triunfarás!" Bajé radiante, veloz; bajé saltando como un guijarro arrojado en una empinada pendiente, y cuando ella me vió, me dijo: "¿Qué te pasa?" Yo no respondí, pero se me humedecieron los ojos. La víspera, Paulina había comprendido mis dolores, como ahora comprendía mis gozos, con la mágica sensibilidad de un arpa obediente a las variaciones atmosféricas. La vida humana tiene horas inefables. Ella y yo avanzamos silenciosamente a lo largo de la playa. El cielo estaba sereno, el mar parecía un espejo: otros no habrían visto en el mar y en el cielo más que dos llanuras azules una encima de la otra; pero nosotros, nosotros que podíamos hacer retozar entre aquellas dos lenguas de lo infinito las ilusiones de que se alimenta la juventud, nos estrechábamos la mano a la más pequeña mudanza que ofrecían el agua o el aire; y es que tomábamos aquellos ligeros fenómenos por intérpretes materiales de nuestros pensamientos. ¿Quién no ha saboreado en los placeres ese momento de alegría infinita en que el alma parece haberse desembarazado de las ligaduras de la carne, y encontrarse de nuevo en el mundo de que procede? El placer no es nuestro único guía en aquellas regiones. Hay horas en que las sensaciones se enlazan de por sí y se disparan, como a menudo dos niños se asen de la mano y aprietan a correr sin saber por qué. Así íbamos nosotros. En el momento en que aparecieron en el horizonte los tejados de la ciudad trazando en él una faja pardusca, dimos de manos a boca con un pobre pescador que regresaba al Croisic; el infeliz iba descalzo y mostraba unos pantalones de lienzo crudo deshilachados en el borde inferior, hechos una criba y mal remendados, camisa de lona, unas tiras de paño que le hacían las veces de tirantes y una blusa que era un puro pingajo. Aquella miseria nos causó una impresión penosísima; parecíónos algo así como una disonancia en medio de nuestras armonías. Paulina y yo cruzamos una mirada como doliéndonos de no tener, en aquel instante, la facultad de meter la mano en los tesoros de Abulcasem. El pescador llevaba en la mano derecha, y atadas a una cuerdecilla, una langosta enorme y una araña de mar, y en la izquierda sus aparejos de pesca. Nos llegamos al buen hombre con la intención de comprarle lo que había arrebatado al mar, idea que simultáneamente se nos ocurrió a entrambos y que se manifestó en una sonrisa a la cual correspondí con una suave presión del brazo que entre mis dedos tenía asido, y que oprimí contra mi corazón. Estas son las pequeñeces sobre las cuales el recuerdo de la hora en que aquella nonada nos ha conmovido, del lugar en que pasó, y del espejismo de que todavía no hemos podido comprobar los efectos, pero que con frecuencia se ejerce en los objetos que nos rodean en los instantes en que la vida se nos presenta agradable y tenemos henchido el corazón. La hermosura de los lugares no está en ellos mismos, sino en el modo como los miramos, en la disposición de nuestro espíritu. ¿Qué hombre un poco poeta no tiene entre sus recuerdos un pedazo de peña que ocupa más sitio que las más celebradas perspectivas de tierras buscadas a peso de oro? En torno de aquella peña se levantan tumultuosos pensamientos; recordamos una vida activa, temores desvanecidos, y los rayos de esperanza que a su pie nos inundaron el alma. En aquel momento, el sol, simpatizando con tales pensamientos de amor o de porvenir, derramó sobre sus pardos costados de aquella peña una luz radiante; algunas flores de las montañas llamaban la atención; la calma y el silencio engrandecían aquella fragosidad sombría en realidad, pero iluminada con los más vivos colores por el soñador. ¡Qué hermosa era entonces aquella peña con su raquítica vegetación, sus olorosas manzanillas, sus culantrillos de aterciopeladas hojas! ¡Oh fiesta prolongada, decoraciones magníficas, exaltación dichosa de las fuerzas humanas! Ya una vez el lago de Briena, visto desde la isla de San Pedro, me había hablado así; la peña del Croisic acaso sea la postrera de tales alegrías. Y entonces, ¿qué será de Paulina?

—Hermosa pesca ha hecho usted esta mañana, buen hombre — dije al pescador.

—Es verdad — contestó el interpelado, deteniéndose y mostrándonos el rostro curtido de los que pasan largas horas expuestos a la reverberación del sol en el agua.

Aquel rostro revelaba una larga resignación, la paciencia del pescador y morigeradas costumbres. Aquel hombre tenía la voz desprovista de aspereza, los labios indicativos de bondad, y echábase de ver que ni remotamente sabía lo que era ambición; además, había en él algo que trascendía a dolor, a desdicha.

—¿A dónde va usted a vender eso? — pregunté al pescador.

—A la ciudad.

—¿Cuánto le darán a usted por la langosta?

—Quince sueldos.

—¿Y por la araña?

—Veinte.

—¿Por qué tanta diferencia entre la langosta y la araña

—Porque la "iraña" (que decía él) es mucho más sabrosa. Por otra parte, como es más astuta que un mico, rara vez se deja coger.

—¿Quiere usted vendernos por cien sueldos las dos piezas? — dijo Paulina.

El pescador se quedó petrificado.

—No va usted a quedarse con ellas — dije yo riendo; — doy diez francos por la araña y la langosta.

—Y yo diez francos y dos sueldos — replicó Paulina.

—Doce francos y diez sueldos — exclamé pujando.

—¡Doce!

—¡Quince!

—¡Quince y cincuenta céntimos!

—¡Cien!

—¡Ciento cincuenta!

Al oír la última puja de Paulina, me entregué. No estábamos en aquel momento tan ricos que pudiésemos llevar más lejos aquella subasta. El pobre pescador no sabía si incomodarse por aquello que parecía burla o ponerse alegre, y al advertirlo nosotros, le sacamos del aprieto dándole el nombre de nuestra hospedadora, y encargándole que llevase a casa de ésta la langosta y la araña.

—¿Se gana usted la vida? — pregunté al pescador para saber a qué atribuir su miseria.

—A duras penas y con mil afanes — me respondió. — La pesca a orillas del mar, cuando no se tiene barca ni redes, y sólo puede dedicarse uno a ella con la caña o con lazadas, es oficio muy desgraciado. Uno ha de esperar al pez o al marisco, al contrario de los grandes pescadores, que van a buscarlo en alta mar. Es tan difícil así la vida, que sólo yo pesco en la costa. Días ha que nada pesco, y si cojo algo es porque una "iraña" ha tenido la poca precaución de dormirse como ésta, o porque una langosta ha sido lo bastante aturdida para quedarse en las peñas. Cuando abundan las lubinas, como en ocasiones sucede, las cojo con la mano.

—Pero, bien, uno con otro, ¿cuánto gana usted cada día?

—Once o doce sueldos. Si estuviera yo solo en el mundo, saldría avante; pero tengo que alimentar a mi padre, y el pobre no puede ayudarme porque está ciego.

A estas palabras, pronunciadas con sencillez, Paulina y yo nos miramos sin proferir ninguna.

—¿Tiene usted mujer o alguna buena amiga?

El pescador, al escuchar tal pregunta, nos dirigió una de las miradas más deplorables que en mi vida he visto, y respondió:

—De estar yo casado, no tendría más remedio que abandonar a mi padre, porque no podría atender a su sustento, al de una mujer y de los hijos.

—¿Cómo, entonces, no busca usted la manera de ganar más, por ejemplo, cargando sal en el puerto o trabajando en las salinas?

—Porque en tal oficio no habría de mí hombre para tres meses. No soy suficientemente robusto, y de morirme, mi padre se vería obligado a pordiosear. A mí me convenía un oficio que sólo exigiese un poco de destreza y mucha paciencia.

—Pero, ¿cómo pueden vivir dos personas con doce sueldos al día?

—Comemos galletas de alforfón y bernaches, que arranco de las rocas.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y siete.

—¿Ha salido usted alguna vez de aquí?

—Una vez fuí hasta Guerande, para sentar plaza, y estuve en Savenay para ver a unos señores, que me midieron. De haber tenido yo una pulgada más de estatura, hubiera sido soldado. Eso sí, a la primera fatiga, habría dado con mi cuerpo en la huesa, y mi padre hoy pediría limosna.

Yo había hilvanado en mi imaginación muchos dramas; Paulina estaba acostumbrada a profundas emociones, junto a un hombre enfermizo como lo soy; pero jamás ni ella ni yo habíamos oído palabras tan conmovedoras como las del pescador. Anduvimos algunos pasos en silencio, midiendo ambos la muda profundidad de aquella vida incógnita y admirando la nobleza de aquella abnegación que de sí misma no tenía conocimiento; la energía de aquella endeblez nos llenó de asombro, y nos empequeñeció aquella generosidad indolente. En mi imaginación veía a aquel desdichado ser todo instinto, clavado a aquella peña como un presidiario lo está a su cadena, atisbando, hacía veinte años, los mariscos para ganarse la vida, y sostenido en su paciencia por un solo afecto. ¡Cuántas horas consumidas en un palmo de playa! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas por un chubasco, por un cambio de tiempo! Aquel hombre sin ventura pasaba las horas al borde de una tabla de granito, con el brazo extendido como un faquir de la India, mientras su padre, sentado en un taburete esperaba, envuelto en el silencio y en las tinieblas, el más grosero de los mariscos, y pan si el mar lo quería.

—¿Bebe usted vino alguna vez? — le pregunté.

—Tres o cuatro veces al año.

—Pues hoy lo beberá usted, y su padre también, y les enviaremos pan blanco.

—Es usted muy bondadoso.

—Si quiere usted conducirnos por la orilla del mar hasta Batz, en donde visitaremos la torre que domina el océano y la costa que se extiende entre Batz y el Croisic, comerá usted con nosotros.

—Con mil amores — dijo el pescador. — Sigan ustedes todo derecho este camino, ya alcanzaré a ustedes; ahora voy a desembarazarme de mis arreos y de mi pesca.

Paulina y yo hicimos una señal de aquiescencia, y el pescador emprendió gozoso el camino de la ciudad.

Aquel encuentro nos mantuvo en el estado moral en que nos hallábamos, pero había desminuído nuestra alegría.

—¡Pobre hombre! — me dijo Paulina con ese acento que quita a la compasión de una mujer lo que el desdén puede tener de ofensivo — Una se avergüenza de ser dichosa al ver tanta miseria.

—Nada puede compararse al dolor de querer y no poder — dije — Estos dos seres desdichados, el padre y el hijo, ignorarán la profunda simpatía que en nosotros han despertado, lo mismo que el mundo ignora cuán digna y hermosa es la vida de entrambos, pues acumulan tesoros en el cielo.

—¡Pobre tierra esa! — profirió Paulina, mostrándome a lo largo de un campo ceñido de una pared de piedra seca, excrementos de vaca puestos simétricamente; y al preguntar a una campesina que para qué servía "aquello", respondióme que con ello "hacían las veces de leña". "Figúrese usted, señor mío, que cuando están secos, estos infelices los recogen, los amontonan y se calientan con ellos. En invierno los venden al igual que los panes de corteza de roble molida. Y hablando ahora de otra cosa: ¿como cuánto le parece a usted que gana aquí al día, la costurera mejor retribuída?" La campesina hizo una pausa, y luego añadió: "Cinco sueldos; pero le dan de comer."

—Mira — dije a Paulina — el viento marino todo lo seca o lo derriba; no hay por aquí ni un árbol; los ricos compran los despojos de las embarcaciones inútiles, porque indudablemente la carestía de los transportes, les priva de consumir la leña de que abunda la Bretaña. Esta tierra sólo es hermosa para las almas de buen temple; los que no tienen corazón no vivirían en ella; aquí no pueden vivir más que poetas o moluscos. Ha sido preciso establecer en ese peñón el alfolí para que lo habitaran. A un lado del mar, aquí arenas, arriba el espacio.

Dejamos atrás la ciudad y llegamos a la especie de desierto que separa de Batz el Croisic. Figúrese usted, mi querido tío, un páramo de dos leguas cubierto por la reluciente arena que se halla a orillas del mar. Acá y acullá yerguen sus tesos algunas peñas, tomando las apariencias de animales gigantescos echados en las dunas. A lo largo del mar surgían algunos cayos, en torno de los cuales retozaba el agua, dándoles el aspecto de grandes rosas blancas flotando sobre la líquida llanura, y viniendo a morir en la orilla. Al ver aquel desierto terminado por el mar a la derecha, limitado a la izquierda por el gran lago que el Océano, en sus irrupciones, forma entre el Croisic y las arenosas alturas de Guerande, al pie de las cuales se extienden los pantanos salados desprovistos de toda vegetación, miré a Paulina y le pregunté si se sentía con ánimo suficiente para desafiar los ardores del sol, y con fuerzas para andar por la arena.

—Calzo borceguíes, vamos allá — me contestó Paulina, mostrándome la torre de Batz, notable por su forma de pirámide fuselada, festoneada, y tan poéticamente ornamentada que permitía a la imaginación ver en ella la más relevante de las ruinas de una gran ciudad asiática. Adelantamos un poco para ir a sentarnos bajo la parte de una peña que todavía daba sombra; pero eran las once de la mañana, y aquella sombra, que terminaba a nuestros pies, iba desapareciendo rápidamente.

—¡Qué agradable y solemne es este silencio! — me dijo Paulina. — ¡Y cómo aumenta su profundidad el acompasado oleaje del Océano en esta playa!

—Si quieres librar tu entendimiento a las tres inmensidades que nos rodean, el agua, el aire y la arena, escuchando solamente el repetido son del flujo y reflujo — le contesté — no resistirás su lenguaje, creerás descubrir en él un pensamiento que te abrumará. Ayer, al ponerse el sol, experimenté esa sensación, y sé decirte que me quebrantó.

—¡Oh! Hablemos, hablemos — dijo, después de una larga pausa Paulina — No hay orador tan terrible. Paréceme descubrir las causas de las armonías que nos rodean. Este paisaje, que sólo tiene tres colores, el amarillo brillante de la arena, el azul del cielo y el verde uniforme del mar, es grandioso sin llegar a lo inculto, inmenso sin ser desierto, monótono sin dar fatiga; sólo tiene tres elementos y es variado.

—Unicamente las mujeres saben expresar así sus impresiones — contesté — ¡Oh, alma mía, a quien tan puntualmente he interpretado! Para un poeta serías desesperante.

—El inaguantable calor del mediodía, presta a esas tres expresiones de lo infinito, un color extraordinariamente subido — profirió Paulina echándose a reír —Aquí concibo las poesías y las pasiones del Oriente.

—Y yo la desesperación.

En esto, oímos el apresurado paso de nuestro guía, que se nos presentó con el traje dominguero. Dirigimos al buen hombre algunas palabras triviales y comprendiendo él que la disposición de nuestro ánimo había variado, guardó silencio con la reserva propia de la desventura. Aunque Paulina y yo nos estrechábamos de vez en cuando las manos para advertirnos la mutualidad de nuestras ideas y de nuestras impresiones, anduvimos silenciosamente durante media hora, ya porque nos hubiese abrumado el calor que en brillantes ondas se exhalaba de la arena, ya porque reclamase toda nuestra atención la dificultad del camino. Avanzábamos, pues, Paulina y yo, cogidos de la mano, como dos niños; de haber ido de bracero, no habríamos adelantado una docena de pasos. El camino que conduce a Batz no estaba trazado; bastaba una bocanada de viento para borrar las huellas impresas por los cascos de las caballerías o las llantas de los carros; pero la experta mirada de nuestro acompañante reconocía en tal cual mancha de estiércol, o en algunas partículas de sirle, el camino, que ora descendía hacia el mar, ora subía hacia las tierras, según se presentaban las cuestas o bien para rodear las peñas. A mediodía apenas habíamos andado la mitad de nuestro camino.

—Allá abajo escansaremos — dije, mostrando un promontorio compuesto de peñas cuya considerable altura permitía suponer que en él encontraríamos una gruta.

El pescador, que había seguido la dirección de mi dedo, al oírme, movió a una y otra parte la cabeza, y me dijo:

—Allí hay alguien que yo me sé. Cuantos se trasladan de Batz al Croisic, o al revés, dan un rodeo para no pasar por aquel sitio.

Pronunció nuestro guía estas palabras en voz que, por lo casi imperceptible, envolvía un misterio.

—¿Es acaso un ladrón o un asesino? — exclamé.

El pescador, por toda contestación, aspiró el aire, como silbando para adentro, lo cual aumentó más nuestra curiosidad.

—Pero, diga usted — repuse — ¿nos exponemos a algún peligro si pasamos por allí?

—No, señor; eso no.

—¿Pasaría usted por aquel sitio en nuestra compañía?

—No, señor.

—Pues nosotros pasaremos, si usted nos asegura que no corremos ningún peligro al efectuarlo.

—Yo no digo eso — contestó apresuradamente el pescador. — Sólo afirmo que el individuo a que he hecho referencia, no les dirá a ustedes nada ni les causará mal alguno; ni siquiera se meneará.

—¿Quién es, entonces?

—Un hombre.

Nunca dos palabras fueron proferidas con entonación más trágica. En esto llegamos a unos veinte pasos del arrecife en que retozaba el mar; nuestro guía tomó por el camino que rodeaba las peñas; nosotros continuamos todo derecho, pero no con las manos asidas, sino de bracero. El pescador apretó el paso para encontrarse simultáneamente con nosotros en el empalme de los dos caminos, suponiendo indudablemente que nosotros, después de haber visto al hombre, andaríamos más aprisa. Esta circunstancia excitó nuestra curiosidad, que se avivó de tal suerte, que nuestros corazones palpitaron como a impulsos del miedo. A pesar del calor del día y del cansancio que nos producía el andar por la arena, nuestras almas se mecían aun en la inefable molicie de un éxtasis maravilloso; las teníamos henchidas de ese placer puro sólo comparable al que experimentamos al escuchar música deliciosa. Dos sentimientos puros que se funden en uno, son como dos melodiosas voces que cantan. Para poder apreciar debidamente la sensación que nos sobrecogió, hay que participar del estado semivoluptuoso en que nos habían envuelto los acontecimientos de aquella mañana. Si admiramos largamente una tórtola de colores delicados, posada en una rama flexible, junto a una fuente, exhalamos una voz de dolor si vemos precipitarse sobre ella un gavilán que le clava sus aceradas uñas en el corazón y la arrebata con la mortífera rapidez que la pólvora comunica a la bala. Apenas hubimos puesto los pies en el espacio que se abría delante de la gruta, especie de explanada situada a considerable altura sobre el nivel del Océano y defendida contra sus furores por una cascada de peñas casi perpendiculares, sentimos como una sacudida eléctrica parecida al sobresalto que en noche silenciosa nos produce un ruído repentino. Acabábamos de ver, sentado en un trozo de granito, a un hombre con los ojos puestos en nosotros. Su mirada, parecida al fogonazo de un cañón, salía de dos ojos sanguinolentos, y la inmovilidad estoica de su cuerpo únicamente podía compararse a la inalterable actitud de las moles de granito que lo rodeaban. Movió aquel hombre lentamente las pupilas, sin menear para nada su como petrificado cuerpo, y después de lanzarnos aquellas mirada, que nos impresionó profundamente, volvió los ojos hacia la imensidad del Océano y lo contempló, no obstante el refulgente brillo que de él emanaba, como es fama que las águilas contemplan el sol, sin cerrar los párpados. Haga usted un llamamiento a su memoria, mi querido tío, para recordar una de tantas nudosas y viejas encinas recién podadas, cuyo anguloso tronco se eleva fantásticamente en un camino solitario tendrá usted una imagen exacta de aquel hombre, el que era de formas hercúleas y relajadas y tenía rostro de Júpiter Olímpico, pero desfigurado por la edad, por los rudos trabajos del mar, por la pesadumbre, por un alimento grosero, y como ennegrecido por un rayo. Tenía ásperas y vellosas las manos, con nervios que parecían venas de acero. Por lo demás, todo en él denotaba una complexión robustísima. En un rincón de la gruta había una buena cantidad de musgo y en una grosera tabla tajada por el acaso enmedio del granito, un pan redondo, partido, que cubría una jarra de asperón. Nunca mi cerebro, al trasladarme a las soledades donde vivieron los primitivos anacoretas de la cristiandad, me había puesto de manifiesto una figura más grandiosamente religiosa, ni más horriblemente arrepentida que la de aquel hombre. Usted, que ha sido confesor, mi querido tío, tal vez en su vida haya visto un remordimiento tan profundo como aquel, pero aquel arrepentimiento estaba anegado en las ondas de la oración, la oración incesante de una desesperación muda. Aquel pecador, aquel marino, aquel bretón grosero, al calor de un sentimiento incógnito había adquirido un aspecto sublime. Pero, ¿había llorado? Aquella mano de estatua bosquejada, ¿había herido? Aquella frente, ruda, marcada con el sello de una probidad bravía, y en la cual la fuerza había impreso, sin embargo, los vestigios de esa dulzura que constituye la herencia de toda fuerza verdadera; aquella frente surcada de arrugas, ¿estaba en armonía con un corazón grande? ¿Dónde estaba el hombre? ¿Dónde estaba el granito? Al verlo, nos asaltaron a la vez mil pensamientos. Como lo supusiera nuestro guía, pasamos de largo en silencio y apretando el paso.

Al juntarse nuevamente a nosotros, nuestro guía nos halló no sé si conmovidos de terror o sobrecogidos de asombro, pero no nos hizo sentir el peso de la realidad de sus predicciones; sólo nos preguntó:

—¿Lo han visto ustedes?

—¿Quién es aquel hombre? — dije.

—Le llaman "el Hombre del voto".

—Ya se figurará usted, mi buen tío, lo rápidamente que volvimos la cabeza hacia el pescador al escuchar sus últimas palabras; y como nuestro guía era bastante sencillo, comprendió nuestra muda interrogación, y en su peculiar

—¿A dónde va Vd. a vender eso? — preguntamos a un pescador que llevaba su red...



"Estaba yo en lo alto de una peña a cien toesas sobre el nivel del océano"

ORILLAS DEL MAR

POR H. DE BALZAC

lenguaje, del que procuraré conservar su popular dicción, nos refirió lo siguiente:

—Señora, lo mismo en el Croisic que en Batz, todos creen que ese hombre es culpable de algo y que está cumpliendo una penitencia impuesta por un famoso párroco de más allá de Nantes, con quien fué a confesarse. Otros creen que Cambremer, que así se llama el solitario, es hombre de mala suerte y que la comunica a cuantos reciben la impresión del aire que a él lo ha tocado. Por esd, antes de dar la vuelta a su peñasco, miran de dónde sopla el viento. Si es galerno — dijo el pescador señalando el oeste —, no continuarían su camino ni para ir en busca de un trozo de la verdadera cruz; al contrario, se vuelven atrás en alas del miedo. Otros, los ricos del Croisic, dicen que Cambremer hizo un voto y de eso viene el calificativo con que es conocido. Esos dichos no están, en la apariencia, desprovistos de fundamento.— Y nuestro guía, volviéndose para mostrarnos una cruz, en la cual no habíamos reparado, prosiguió: —Miren ustedes, allí, a la izquierda, ha plantado una cruz de madera para demostrar que se ha puesto bajo la protección de Dios, de la Santísima Virgen y de los santos; pero aun cuando no se hubiese consagrado a sí mismo de esta suerte, el espanto que a la gente inspira, le habría bastado para vivir aquí con tanta seguridad como si lo custodiase la tropa. Desde que se encerró al aire libre no ha proferido una palabra; se alimenta con pan y agua, que todas las mañanas le trae la hija de su hermano, niña de doce años, a la cual ha legado él sus bienes y que es una pacífica criatura mansa como un cordero y de fisonomía en extremo simpática. Tiene aquella niña — continuó el pescador, mostrándonos su pulgar —, unos ojos azules "así de largo" y una cabellera de querubín. Cuando le preguntan: "Oye, Petrica... (Aquí llamamos así a las Petras — dijo el pescador interrumpiéndose —; está consagrada a San Pedro, que es el nombre de Cambremer, padrino de la muchacha.) Oye, Petrica, ¿qué te dice tu tío?" "Nada, absolutamente nada, responde la niña." "¿Qué te hace?" "Los domingos me da un beso en la frente." "¿Y no te da miedo?" "Y, ¿por qué me ha de asustar? ¿No es mi padrino? No quiere que nadie más que yo le traiga la comida." Petrica asegura que Cambremer se sonríe al verla; pero eso no es más que un rayo de sol entre brumas, pues según es fama, está más sombrío que una cerrazón.

—Lo que usted está haciendo ahora amigo mío—dije a nuestro guía—, es excitar nuestra curiosidad, no satisfacerla ¿Usted sabe qué ha traído aquí a Cambremer? ¿Es el dolor? ¿El arrepentimiento? ¿Una manía? ¿Un crimen? ¿Acaso...

—He de decirle a usted, caballero, que sólo mi padre y yo sabemos el por qué de la venida de Cambremer a esos peñascos. Mi madre, que en gloria esté, servía a un curial a quien Cambremer se lo refirió todo por orden del cura, que no lo absolvió sino con esa condición, al decir de la gente del puerto. Mi madre oyó a Cambremer sin quererlo, porque la cocina del curial estaba inmediata al comedor. La pobre está muerta, y el juez que escuchó, también dejó de existir. Mi madre nos hizo prometer, a mi padre y a mí, que nada contaríamos a nuestros convecinos; pero a usted puedo decirle que la noche en que mi madre nos contó lo que había oído, me salieron canas.

—Ea—dije—, cuéntenos usted eso, en la seguridad de que nosotros no se lo referiremos a nadie.

El pescador nos miró, y continuó en los siguientes términos:

—Pedro Cambremer, que es el que ustedes han visto hace poco, es el mayor de los de su apellido, marineros todos de padres a hijos. Se hizo pescador de barca, y como tenía algunas, salía a la pesca de la sardina, y también pescaba peces mayores para los comerciantes. Pedro habría armado igualmente un buque y pescado el bacalao, a no haber querido tan extremadamente a su esposa, bellísima mujer, una Brouín de Guerande de arrogante presencia y corazón de ángel. La Guerande quería tanto a Pedro que nunca se avino a que éste se alejase de ella más que el tiempo indispensable para la pesca de la sardina. Pedro y su mujer vivían allá abajo—dijo nuestro guía, el cual, subiéndose a un otero y señalando una isleta que surgía del pequeño mediterráneo que se forma entre las dunas por las cuales caminábamos y las marismas de Guerande, añadió:—¿Ven ustedes aquella casa? Aquella casa pertenecía a Pedro. Jacoba Brouín y Cambremer no han tenido más que un hijo, muchacho a quien amaron... ¿cómo lo diré? ¡diantre! como los padres quieren a un hijo único; ambos adoraban en el chiquilín. ¡Cuántas veces los vi en la feria comprar para él las más preciosas chucherías! Aquello era una locura, y así se lo decía todo el mundo. Santiaguillo al ver que le permitían cuanto se le antojaba, se volvió maligno. Cuando venían y decían a Pedro: "Ha estado en un tris que tu hijo no haya matado al niño tal", Pedro se reía y contestaba: "¡Bah! Será un marino arrojado, y mandará la escuadra del rey". Si otro le decía: "Pedro ¿sabes que tu hijo le ha saltado un ojo a la pequeña Pougaud?", replicaba: "Le gustarán las muchachas." Todo le parecía de perlas a Pedro. Ahora bien; el maligno muchacho, apenas cumplidos los diez, zurraba a todo el que se le oponía por delante, y se complacía en cortar el cuello a las gallinas, en despanzurrar a los puercos y en revolcarse en la sangre como una garduña. "Será un soldado famoso—decía Cambremer—; le gusta la sangre." Yo recordé todo eso—dijo el pescador, y tras una ligera pausa, añadió: —Y Cambremer también. Santiaguillo, a los quince, o a los diez y seis, era... ¿cómo lo diré? un marrajo. Iba de jolgorio a Guerande, o a lucir el garbo en Sevenay; pero, como esto exigía dinero, el mocito robó a su madre, que no se atrevió a decírselo a su marido. Cambremer era tan probo, que hubiera andado veinte leguas para devolver dos sueldos si de más se los hubiesen dado en una cuenta. Por último, cierto día la madre se vió despojada de todo. Mientras Pedro se hallaba en la pesca, Santiago se llevó el aparador, la vajilla, la mantelería, la ropa blanca, todo no dejando más que las cuatro paredes y todo lo vendió para irse a Nantes a satisfacer sus caprichos. La desdichada madre lloró amargamente. Era forzoso poner en autos al padre, a su regreso, de cuanto había pasado; pero Jacoba temía a su marido, y no por ella, desde luego. Pedro, al regresar y ver su casa alhajada con muebles que éste y aquél habían prestado a su mujer, preguntó el por qué de tal mudanza. "Nos han robado—contestó la infeliz, medio muerta de espanto." "¿Dónde está Santiago?—preguntó Cambremer." "Se fué de jolgorio." Nadie sabía adónde había ido el truhán. "Se divierte demasiado—profirió Cambremer." Seis meses después, el pobre padre supo que la justicia de Nantes iba a echarle mano a Santiago. Pedro hizo el camino a pie, más rápidamente que por mar, y encontrado que hubo a su hijo, lo condujo aquí. Cambremer no preguntó a Santiago qué había hecho, pero le dijo lo siguiente: "Si durante dos años no guardas buena conducta aquí, en compañía de tu madre y en la mía, dedicándote a la pesca, y portándote honradamente, te las entenderás conmigo." El ruín, fiado en la necedad de sus padres, puso tamaño hocico, y así Pedro, al observarlo, le atizó a Santiago un mojicón que lo tuvo en cama seis meses. Jacoba se moría de pesar. Cierta noche, la pobre madre, apaciblemente acostada al lado de su cónyuge oyó ruido, y al levantarse para ver qué sucedía, recibió una cuchillada en un brazo. A los ayes de la agredida, Pedro saltó de la cama, encendió la luz, y al ver a su mujer herida, creyó que en su casa se había introducido un ladrón, como si los hubiese en esta tierra, en la cual puede uno llevar, sin miedo, diez mil francos en oro en la mano, desde el Croisic a San Nazario, sin que nadie le pregunte qué lleva. Pedro buscó a su hijo y no lo encontró; pero a la mañana siguiente, aquel monstruo tuvo la osadía de presentarse en su casa, diciendo que venía de Batz. Jacoba no sabía dónde esconder el dinero; en cuanto a Cambremer, lo depositaba en el Croisic, en casa del señor Dupotet. Las locuras de Santiago habían dado al traste con centenares de escudos, centenares de francos, y con no sé cuántos luises de oro. Pedro y su mujer estaban casi arruinados, lo cual era dolorosísimo para quienes, como ellos habían poseído muy cerca de doce mil libras, incluyendo la isleta. Nadie sabe lo que dió Cambremer en Nantes para recoger a su hijo. La desdicha se cebaba en la familia; quiero decir que al hermano de Cambremer le habían ocurrido desgracias que reclamaban eficaz y pronto auxilio. Pedro, para consolarlo, le decía que Santiago y Petrilla (la hija de Cambremer el menor) se casarían; después para hacerle ganar el sustento, lo empleó en la pesca, porque han de saber ustedes que José Cambremer se veía reducido a vivir de su trabajo. La mujer de este último, había fallecido víctima de la fiebre y era preciso pagar los meses de nodriza de Petrilla. La mujer de Pedro Cambremer, en compras para la pequeñuela y en dos o tres mensualidades que tenían que satisfacer a la Frelú, que era madre de un hijo de Simón Gaudry y ama que criaba a Petrilla, habían contraído deudas por la cantidad de cien francos. Ahora bien; la Cambremer había cosido una onza de oro española en la lana de su colchón, y escrito sobre el papel en que estaba envuelta la moneda: "Para Petrilla". Porque han de saber ustedes que Jacoba era muy instruída y escribía como un notario, y había enseñado a leer a su hijo, que es lo que fué su perdición. Nunca se ha sabido cómo pasó, pero es el caso que el maligno Santiago olió la onza y la robó, y fuése a comérsela y a bebérsela en el Croisic.

El buen Cambremer, en mala hora para el muchacho, regresó en esto, y al atracar a la playa y al ver flotar un papel, lo cogió y lo llevó a su mujer, que quedó estupefacta al reconocer sus propias letras trazadas en el papel. Cambremer, sin pronunciar palabra, llegóse al Croisic, y al enterarse de que su hijo estaba en el billar, llamó aparte a la dueña del café y le dijo: "Había encargado a Santiago que no hiciese uso de una moneda de oro con la cual pagará a usted; devuélvamela usted, esperaré en la puerta, y en cambio le daré a usted plata." La buena mujer entregó la onza a Cambremer, que la tomó diciendo: "Gracias", y se volvió a su casa. Toda la ciudad se enteró de lo ocurrido. Pero lo que yo sé, y que los demás sólo sospechan a bulto es lo siguiente: Pedro mandó a su mujer que arreglase el dormitorio conyugal, que está en los bajos de la casa, hizo lumbre en la chimenea, y en el lado opuesto puso un taburete. Luego dijo a su mujer que le preparase el traje de boda y que cepillase el suyo. Pedro se vistió, salió en busca de su hermano, y le dijo que se pusiese de atalaya delante de la casa, y le diese aviso tan pronto oyese algún ruido, fuese en la playa o en las marismas de Guerande. Cambremer tornó a su casa cuando comprendió que su mujer ya se había vestido, y cargó su escopeta y la escondió en el rincón de la chimenea. Ya tarde, regresó Santiago, que había estado hasta las diez entregado al juego y a la bebida, y hechóse trasladar de una parte a otra en la punta de Carnouf. Su tío le oyó dar voces de llamamiento, y fué por él a la playa de las marismas, y lo pasó a la otra parte de acá sin pronunciar palabra. Entrado que hubo el muchacho en su casa, su padre le dijo, mostrándole el taburete: "Siéntate ahí. Estás en presencia de tu padre y de tu madre,a a quienes has ofendido, y que van a juzgarte". Santiago se echó a llorar al ver que su padre tenía violentamente contraídas las facciones. Jacoba estaba envarada en un remo. "Si chillas o te mueves, o no estás derecho como un palo en tu taburete — dijo Pedro encarándole la escopeta — te mato como a un perro." Santiago enmudeció, Jacoba no despegó los labios. "Este papel — dijo Pedro a su hijo — envolvía una moneda de oro española; la moneda estaba en la cama de tu madre, en sitio únicamente conocido de tu madre, por haberla ella puesto allí; este papel lo he encontrado yo flotando en el mar al desembarcar cuando he venido. Esta noche has dado la moneda de oro española a la tía Fleurant, y tu madre, al buscar en su cama la que en ella había escondido, se ha afanado inútilmente. Explícate." Santiago dijo que no había robado la moneda de su madre y que aquella a que su padre hacía referencia le había sobrado de Nantes. "Mejor — articuló Pedro — ¿Cómo puedes tú demostrar eso?" "La poseía". "Tú no has robado la de tu madre?" "No, señor". "¿Lo juras por la salvación de tu alma?" Santiago se dispuso a jurar, pero su madre lo miró con fijeza y le dijo: "Santiago,, hijo mío, mira lo que haces; no jures en falso; todavía puedes enmendarte,, arrepentirte; aun estás a tiempo". Y llenáronsele de lágrimas los ojos. "Usted es una tal y una cual, que siempre ha buscado mi perdición — exclamó Santiago." "Lo que acabas de decir a tu madre — profirió Cambremer con gran palidez en el rostro, aumentará tu deuda. Ea, ¿juras o no juras?" "Juro — contestó el muchacho." "Dime — prosiguió Pedro— ¿había en tu moneda esta cruz que el comerciante de sardinas que me la dió había grabado en la nuestra?" Santiago se serenó y lloró. "Basta de conversación — dijo Pedro. No te hablo de lo que has hecho antes de eso; no quiero que un Cambremer suba al patíbulo en la plaza del Croisic. Encomiéndate a Dios, y terminemos de una vez. Va a venir un cura para confesarte". Jacoba había salido para no oir la sentencia de Pedro contra su hijo, y cuando estuvo fuera, el tío entró con el párroco del Piriac, a quien Santiago nada quiso decir; y es que el muchacho era suficientemente astuto para comprender que su padre no lo mataría sin confesión. "Gracias, y usted dispense, señor cura — dijo Cambremer al sacerdote, al ver la obstinación de Santiago. Quería dar una lección a mi hijo, y rogar a usted que se sirviese no decir palabra acerca del particular." Y volviéndose hacia Santiago, añadió: "Si no te enmiendas, no ocurrirá como ahora, sino que acabaré contigo sin confesión. Anda y acuéstate." El muchacho creyó que realmente las cosas no irían más allá, y aun supuso que se reconciliaría con su padre. Santiago durmió; Pedro veló, y cuando vió a su hijo abismado en el sueño, le tapó la boca con un puñado de cáñamo, se la vendó fuertemente con un lienzo de vela y le ató manos y pies. Santiago luchaba desesperadamente. Jacoba se arrojó a los pies de su marido, el cual exclamó: "Está juzgado, y ahora tú vas a ayudarme a meterlo en la barca". La desventurada madre no accedió y Cambremer metió él solo en la barca a Santiago, y lo ató en el fondo, y le echó una piedra al cuello; luego salió del puerto, ganó el mar, y llegó a la altura del peñaco en que ahora se encuentra. La infeliz Jacoba, que se había hecho trasladar aquí por su cuñado, solicitó inútilmente el perdón de su hijo; sus palabras hicieron en el ánimo de Cambremer el mismo efecto que una pedrada a un lobo. Hacía luna, y a la luz de ella Jacoba vió cómo Pedro arrojaba al mar a su hijo, a quien aun quería entrañablemente; y como no soplaba una bocanada de aire, oyó el golpe producido por la caída del cuerpo en el agua, que se abrió sin levantar espuma ni dejar la más pequeña señal. ¡Ah! señor, no hay guardián como el mar. Al desembarcar allí para imponer silencio a su mujer, que daba quejidos, Pedro la halló medio muerta; y como a los dos hermanos les fuese imposible llevársela en peso, la metieron en la barca que acababa de servir para Santiago, y la trasladaron a su casa dando la vuelta por el canalizo del Croisic. La hermosa Brouin, como llamaban a Jacoba, murió ocho días después pidiendo a su marido que quemase la maldita barca. Pedro la quemó, y desde entonces se dedicó a todo, sin saber lo que quería, y al andar se tambaleaba como borracho que no puede con la carga de su cuerpo. Después realizó un viaje de diez días, y cuando volvió, se metió donde ustedes lo han vistofi y desde entonces, no ha pronunciado una palabra.

El pescador empleó muy pocos minutos en contarnos la precedente historia, y nos la refirió con más sencillez que yo la he escrito. La gente del pueblo acompaña de pocas reflexiones sus relatos, narra lo que la impresiona, y se expresa como siente.

Esta historia nos produjo el mismo efecto que un hachazo.

—No, lo que es yo no voy a Batz — dijo Paulina al llegar a la parte superior del lago.

Volvimos, pues, al Croisic, por las marismas, a través de cuyos dédalos nos condujo el pescador, que, como nosotros, guardaba el más profundo silencio.

La disposición de nuestras almas había cambiado por completo; estábamos engolfados en funestas reflexiones, entristecidos por aquel drama, que explicaba el súbito presentimiento que nos asaltara al aspecto de Cambremer. Ni Jaulina ni yo conocíamos tanto el mundo que pudiésemos adivinar cuanto nuestro guía se calló respecto de Jacoba, de Pedro y de Santiago. Las desdichas de éstos se reproducían a nuestros ojos como si las hubiésemos presenciado en las distintas escenas de un drama coronado por aquel padre al expiar su crimen necesario. No nos atrevíamos a mirar la peña en la cual se refugiaba el hombre que llenaba de terror a toda una comarca. Algunas nubes obscurecían el cielo, y del horizonte se elevaban vapores.

Por lo que respecta a nosotros, avanzábamos en medio de la naturaleza más horriblemente sombría que he visto en mi vida. Hollábamos un suelo que parecía doliente, enfermizo, marismas a las que puede calificárseles de lamparones de la tierra. Allí el suelo está dividido en cuadros de forma distinta, encajonados todos por enormes taludes de tierra gris, llenos de agua salobre, a cuya superficie sube la sal. Aquellas torrenteras, abiertas artificialmente, están interiormente divididas en acirates, a lo largo de los cuales circulan los obreros provistos de largos rastrillos, de los que se sirven para desnatar aquella salmuera, y acarrean hacian otros acirates redondos, establecidos de trecho en trecho, aquella sal cuando presenta buenas condiciones para ser apilada. Durante dos horas anduvimos por las orillas de aquel triste tablero, en el que la sal ahoga por su abundancia la vegetación, y donde sólo de cuando en cuando veíamos algunos salineros. Aquellos hombres, o por mejor decir, aquella tribu de bretones, visten un chaquetón blanco semejante al de los cerveceros, y se casan entre sí. No hay ejemplo de que una muchacha de aquella tribu haya casado con hombre que no fuese salinero. El horrible aspecto de aquellas marismas, cuyo cieno estaba simétricamente raído, y aquella tierra gris, horror de la flora bretona, armonizaban con el luto de nuestras almas. Al llegar al sitio por donde pasa el brazo de mar formado por la irrupción de las aguas en aquella hondonada, y que indudablemente sirve para alimentar las marismas, vimos con satisfacción las raquíticas hierbas que brotan en la playa. Durante la travesía distinguimos en medio del lago la isla en que moraban los Cambremer; pero volvimos la cabeza.

De regreso en nuestro alojamiento, vimos un billar en una de las salas de la planta baja, y al enterarnos de que el billar aquel era el único público que había en el Crosic, arreglamos nuestro equipaje para partir durante la noche. Al día siguiente nos hallábamos en Guerande. Paulina estaba todavía triste; yo sentía ya el calor de la llama que me abrasa el cerebro. Y mientras me torturaba el pensamiento de aquellos tres seres desdichados, díjome Paulina: "Luis, escribe eso, y desviarás el carácter de esa calentura."

He escrito, pues, a usted este lance, mi querido tío; pero, en verdad, ya me ha hecho perder la tranquilidad que me era indispensable para bañarme y pasar aquí una temporada.

"Pedro quemó la barca y se alejó"



Pedro y su mujer — nos dijo el guía subiéndose a un otero y señalando una isleta, vivían allí abajo...

Ego te absolvo

(Por Oscar WILDE)

Bajo sus boinas azules, ennegrecidas po rla pólvora y manchadas por el polvo de los caminos, los soldados de Mirailles tienen caras de bandidos, con su piel color hollín y sus barbas y cabelleras descuidadas. Desde hace cinco largas semanas, se arrastran por las carreteras, sin casi dormir, sin casi descansar, tiroteando en cualquier momento con una rabia creciente.

¿No acabarán con aquellos bandidos liberales? Don Carlos habíales prometido, sin embargo, que después de las fatigas de Estella, España sería suya.

Todos ellos tienen sed de venganza y de sangre, y la alegría de verterla es la que les mantiene en pie, por muy cansados y rendidos que se encuentren.

Vascos, navarros, catalanes, hijos de desterrados que murieron de hambre y de miseria en tierras extranjeras, sienten rabia de fieras contra aquellos soldados que les disputan el camino de la meseta de Castilla, la vía de los palacios en los que han jurado establecer al legítimo rey para repartirse, sobre las gradas del trono restaurado, los cargos del reino y las riquezas de los vencidos.

Entre estos montañeses y los hombres de los partidos nuevos, no median únicamente rencores políticos existen, sobre todo, y antes que nada, viejas cuentas de asesinatos impunes, saqueos sin indemnizar, incendios sin revancha.

Por eso, cuando un soldado de Concha cae entre sus manos, !infeliz de él! Paga por los demás, por los que se escurren.

—Hermano, hay que morir — le dicen, apoyándole contra una roca.

El hombre inicia el signo de la cruz, y no bien desciende su mano en un amén más lento, los fusiles alineados a diez pasos de su pecho, vomitan la muerte.

La víctima se desploma como un guiñapo y no se vuelve a hablar de la cosa.

Los buitres de los Pirineos hacen lo demás.

Si el cura de Mirailles, un hombrecillo rechoncho y encorvado, de ojos semicerrados, con la sotana arremangada, pasa junto a los guerrilleros, se cuelga su fusil en el hombro y absuelve o bendice al moribundo con gesto rápido.

A veces, sin separar sus ojos del catalejo marino que le sirve para escudriñar rocas o encinares, confiesa al prisionero.

¡Un general es responsable de la vida de sus tropas, qué diantre!

Liberal, pero, eso sí, católico, el prisionero no parece sorprendido del extraño doble oficio del sacerdote soldado.

Es necesario que le confiesen, puesto que van a fusilarle, y es muy natural que le fusilen, puesto que se había dejado coger y porque él fusilaría lo mismo si hubiera cogido un prisionero.

Esta lógica satisface por completo las débiles exigencias de su cerebro de campesino arrancado del terruño para doblar la cerviz bajo los arreos militares.

Y, además, ¿para qué luchar con este hecho brutal de la muerte amenazadora, inmediata, inevitable?

Puesto que tiene que llegar, se trata solamente de hacer el equipaje bien para presentarse con todo en orden cuando le corresponda hacer su entrada en el más allá inevitable.

II

Aquella noche, al ponerse el sol, hallábase Pedro Careaga de centinela en la sima de Mallorta, cuando una mujer con un mulo, dobló por el sendero de Buenavista.

Tiró al azar y fué el mulo el que cayó. La mujer corrió hacia él sin darle tiempo a cargar otra vez, y cuando la tuvo en la punta del cañón, el navarro no pudo decidirse a tirar.

La mujer era bella y deseable, con sus largos cabellos negros que caían en cascada hasta sus piernas, sus labios rojos y sus pupilas brillantes.

Pedro Careaga olvidó, por su prisionera, la rausa de don Carlos y de la Libertad.

La mujer, que tenía miedo, le juró además que adoraba al "rey neto". Le probó que no detestaba las caricias perfumadas con pólvora de guerra y que Pedro Careaga era, si no el más hermoso de los mortales, por lo menos el más mimado de los vencedores; todo esto entre las moles de piedra de la sima de Mallorta.

Los brazos de la prisionera rodeaban aún con un collar de un oro moreno, el cuello curtido de Careaga, cuando llegó Joaquín Martínez a relevarle.

—¡Eh, poquito a poco! — dijo. — Hay que repartir, caballerito. Las noches son frescas. No es bueno dormir sin capote, compañero. Ya veo que eres hombre precavido: dosel de pelo, trazos tibios como pañuelo del cuello y manta de carne suave. ¡Me llegó la vez, amigo!

Careaga se levantó y, colocando detrás de él a la prisionera, respondió:

—¡Te llegó la vez, mequetrefe! Donde reina Careaga, no hay otro rey. Si las noches son frescas, ve a calentarte contra esa mula que ha tirado patas arriba mi carabina, o si no tira tú otra. ¡Mi

(Continúa en la página 7)

Aventuras Extravagantes y Originales de Un Pobrecito Inválido

Cualquiera que me vea dirá que soy usado y sexagenario. Se equivocaría de medio a medio, sin embargo: pues a pesar de mi aspecto ruinoso, obra de repetidas desgracias y contrariedades, soy soltero y apenas si tengo cuarenta años. No lo querrán ustedes creer, pero sepan que esta sombra, este ser desgarbado y escuálido, era, aun no hace dos años, un verdadero atleta, un coloso, todo salud, todo sangre, todo músculos. Y todavía les parecerá más increíble la causa de mi transformación. Voy a decirlo a riesgo de que me tengan por embustero.

He perdido la salud por haberme encargado de la conducción de una caja de fusiles en un viaje de 400 kilómetros. Dicho esto, entremos en materia.

Resido en Cléveland, Estado de Ohio. Hará veinticuatro meses, mal contados, que al regresar un día a mi casa, cubierto de nieve, supe que mi amigo de la infancia, Juan Hackett, acababa de abandonar este valle de lágrimas.

Sus postreras palabras fueron para ex-




"Se decidió a reanimar el fuego..."

presar el deseo de que me encargase de conducir sus restos mortales a su pueblo natal, en el Wiscosin: una misión tan piadosa como triste, que acepté por no desairar al querido difunto. Hice mis preparativos de viaje, guardé cuidadosamente en el bolsillo las señas de la persona que debía recibir el cadáver y que era el clérigo Leví Hackett, de Bethlehem, y me dirigí a la estación, afrontando con valentía una de las mayores nevadas que han caído sobre el país.

Al llegar a la sala de equipajes vi ya dispuesta para el embarque la caja de pino que contenía los restos del malogrado joven. ¡Pobre amigo mío! Sequé las lágrimas, clavé en uno de los lados de la caja una tarjeta con la dirección del reverendo Leví Hackett, y después de asegurarme que el ataúd quedaba bien colocado en el furgón, entré un momento en el hotel con objeto de comprar media docena de emparedados y un poco de pescado frito.

Luego encendí un cigarro y esperé tranquilamente la salida del tren, dando unos paseos por la sala de equipajes.

De improviso atrajo mis miradas una caja de pino igual en un todo a la mía, es decir, a la del cadáver de Hackett, que acababa yo de ver colocar en el furgón. No había duda, era la misma. Por cierto que inmediato a ella, un mozo provisto de martillo y clavos se disponía a fijar en la cubierta un rótulo metálico: la dirección, sin duda.

Me sacó de mi sorpresa el sonido de la campana anunciando la partida del tren. Corrí desalentado hacia el furgón y vi que la caja de Hackett continuaba en el mismo sitio. Respiré...

¿Cómo explicar aquella duplicidad de cajas en absoluto semejantes? Rarezas del azar. Lo cierto era que, en mi precipitación, y sin que por entonces lo sospechara, había hecho embarcar en vez del ataúd de Hackett una capa de fusiles consignada a un puesto de carabineros de Peoria (Ohio), y que el buen difunto se quedaba en la sala de equipajes maldiciendo, seguramente, mi estupidez.

Una voz gritó: — "¡Al tren!"; — sonó el pito y se puso el convoy en movimiento, dándome apenas tiempo para subir al vagón. Tomé asiento encima de unos paquetes y dirigí una mirada en torno mío. En uno de los rincones iba, entregado a sus ocupaciones, el conductor, simpático muchacho de alegre y noble fisonomía. Su aspecto general me impresionó agradablemente.

Se me olvidaba decir que en el preciso instante de arrancar el tren, un desconocido se acercó a la puerta del coche y arrojó al interior un envoltorio. Eran dos magníficos quesos de Limgurgo, verdaderamente respetables por las dimensiones y el olor. Es decir, ahora es cuando sé en realidad que el paquete misterioso contenía dos quesos. En aquellos históricos momentos estaba yo en la más santa ingonrancia de que existieran en el mundo, y a tan corta distancia mía, los aromáticos productos de la industria lechera que han dado fama a Limburgo. Muy bien.

El tren caminaba a gran velocidad, desgarrando las tinieblas que lo envolvían. La nieve continuaba cayendo con furia. Invadíame profunda tristeza. Mi corazón sangraba...

De vez en cuando distraía mis meditaciones tal o cual observación del conductor acerca del frío.

La temperatura descendía de un modo espantoso. Mi compañero de viaje se levantó, y asiendo con mano firme las compuertas, hízolas resbalar sobre los guiones de acero, cerrando la comunicación con el exterior. Echó los cerrojos, tapó las junturas con unos sacos y empezó a colocar las mercancías según las exigencias de la hoja de ruta. Mientras llevaba a cabo esta operación oíasele canturrear la antigua canción: "¡Oh, dulce recuerdo de amor!..."; una canción preciosa, con infinidad de bemoles. Esta manifestación filarmónica no impedía que llegaran hasta mi membrana pituitaria ciertas emanaciones desagradables y penetrantes que subían del fondo del vagón flotando en una atmósfera helada. Mi congoja subía de punto cuando pensaba que el mal olor procedía de los míseros restos de Hackett. A duras penas lograba contener mis sollozos. Además, temía las recriminaciones del celoso empleado. No transcurrían muchos minutos sin que advirtiese el perfume, y entoces, ¿qué iba a suceder, Dios santo?... Por fortuna el conductor no daba señales de tener buen olfato. Iba el hombre de acá para allá, consultando etiquetas, arreglando fardos y siempre con la misma cancioncilla: "¡Oh, dulce recuerdo del amor!..." Dí mil gracias al Todopoderoso. No obstante, sentía que aumentaba mi malestar por minutos. El hedor era cada vez más fuerte, más insoportable.

Thompson — el conductor se llamaba así, según me dijo en el curso del viaje — se decidió a reanimar el fuego de su estufa portátil, utilizando para ello cuantos pedazos de madera encontraba por el suelo. Me agradó en un principio una determinación que había de procurarnos algo de calor. Mas inmediatamente pensé con espanto en que la rápida elevación de temperatura debía acelerar la descomposición orgánica del cadáver, y que, si Dios no lo remediaba, moriríamos por asfixia mucho antes del término del viaje. Callé, sin embargo y sufrí en silencio.

Pronto llegué a advertir que "el dulce recuerdo del amor" se debilitaba por grados, hasta cesar por completo. Siguió una pausa. Al fin exclamó Thompson:

—¡Diablo! No deben ser de cinamomo las astillas que he echado en la estufa.

Le oí respirar con fuerza tres o cuatro veces; vi luego que se dirigía hacia el ataúd (hacia la caja de fusiles), y que tras de olisquear el envoltorio de los quesos, se sentaba filosóficamente junto a la estufa, no sin indicarme con un ademán significativo la caja, y preguntando:

—¿Algún amigo suyo, eh?...

—Sí — contesté casi sin aliento.

—El pobre está demasiado maduro. ¿No es verdad?...

Guardamos silencio durante dos o tres minutos, absortos en nuestras reflexiones. Luego dijo Thompson:

—A veces no se sabe con certeza si están muertos o vivos. El caso es que parecen cadáveres y, sin embargo, conservan calor, flexibilidad en las articulaciones y otras señales de vida. He presenciado casos curiosísimos. Algunas veces he viajado custodiando muertos, y puedo asegurarle que no es cosa agradable. Siempre está uno temiendo que se levanten y den las "buenas noches".

Siguió otra pausa. Thompson extendió la mano en dirección a la caja y dijo como continuando un soliloquio:

—Bueno; pero lo que he dicho no reza con "ese". Me jugaría la cabeza a que está muerto y bien muerto.

Continuamos algún tiempo sin saber qué decirnos, meditando, oyendo el silbar del huracán y el rodar del tren.

Por fin, Thompson, sintiéndose pensador, me dedicó las siguientes reflexiones:



"El hedor, era cada vez más fuerte; más insoportable..."

—¡Bah! Ese es el viaje que debemos emprender todos. El nacido de mujer no permanecerá mucho sobre la tierra, porque sus días están contados. Así lo dice la Sagrada Escritura. Y no sirve darle vueltas... En vano se empeña el hombre, luchando contra esa ley inexorable. Hoy tú, mañana yo, todos hemos de pagar nuestro tributo a la muerte. Está usted muy bueno y muy contento... (al pronunciar las anteriores palabras levántase Thompson, rompe de tremenda puñada uno de los cristales de la ventanilla y asoma la nariz al exterior, respirando con delicia el aire puro durante un par de minutos).Pues, sí, está usted muy bueno y muy contento, y de repente ¡zás!, cae usted segado por la implacable guadaña, y como dice la Escritura, "los lugares que os vieron ya no os verán más".

Mientras Thompson termina su cita bíblica voy a la ventanilla y respiro a través del cristal roto el helado cierzo, que a mí se me antoja entonces suave y perfumada brisa de primavera. Otra pausa aún más larga que las anteriores.

—¿De qué ha muerto? — pregunta Thompson.

—Lo ignoro — contesté.

—¿Hace mucho que falleció?

Pareciéndome oportuno alargar los hechos con objeto de hacer explicable lo que pasaba, digo:

—Dos o tres días.

Aquella especie de disculpa no dió el resultado que esperaba. Thomson me dirige una mirada incrédula que, sin duda significaba: "Querrá usted decir dos o tres años"; y hace unas cuantas reflexiones acerca de los inconvenientes de aplazar tanto los sepelios. La paciencia de Thompson huye al cabo, y abandonando ya sus buenas formas, exclama:

—¡Voto al chápiro! Pues, hijo, lo que es "ese" debía estar enterrado desde hace medio siglo.

Luego de hacer una nueva visita a la ventanilla y de dirigir una mirada de odio a la caja siéntase otra vez, no sin sepultar la nariz en los pliegues de un inmenso pañuelo de yerbas. Thompson zarandea nerviosamente las piernas y hace con el torso un rápido movimiento de vaivén como quien realiza grandes esfuerzos para soportar una cosa insoportable. Entretanto el olor, si aquello podía ser denominado así, llegaba a hacerse sofocante. La cara de Thompson adquiría un matiz verdoso; la mía entre amarillo y blanco. Entonces me pareció oír murmurar a Thompson:

—He transportado docenas de muertos y algunos considerablemente "avanzados".

Pero, ¡por los clavos de Cristo! que ese buen señor les da tres y raya. Crea usted que los más "anarquistas" eran agua de rosas en comparación con el que nos ha caído en suerte.

Decidimos hacer algo para atenuar los efectos del mal olor. Indiqué la conveniencia de fumar. La idea le pareció de perlas a Thompson. De acuerdo con ella encendimos sendas tagarninas, aspirando el humo con toda la fuerza de nuestros pulmones. Nos pareció que habíamos resuelto el problema, persuadiéndonos mutuamente de que "apenas" si se notaba ya el olorcillo. El remedio surtió efecto cinco minutos. Los cigarros se escaparon de nuestros dedos desfallecidos. Sí; olía muy mal: quizá peor que antes... Thompson, medio exánime, intentó explicar el fenómeno:

—¡Vano empeño! Sin duda el aroma del tabaco despierta "su" emulación... ¿Qué hacemos? ¿No se le ocurre a usted otro procedimiento más eficaz para...?

¿Qué había de ocurrírseme! ¡Buena estaba mi cabeza para ideas! Thompson medía a enormes zancadas el estrecho recinto del vagón, prorrumpiendo en interminable letanía de interjecciones y epítetos nada cariñosos, dedicados a Hackett y a su honorable familia. Y, fenómeno extraño, desde que empezó el conductor a dirigir la palabra al difunto, íbale reconociendo grados militares. ¿Por qué razón? No he podido explicármelo nunca. El caso fué que primero lo llamó capitán luego comandante, luego coronel. Por último dijo:

—Tengo una idea. Traslademos el cadáver del brigadier allí, a aquel rincón. Acaso, teniéndolo más lejos, no se sufra tanto su influencia. ¿Qué le parece a usted?

Encontré muy razonable el plan. Hicimos un buen repuesto de aire puro a través de la ventanilla y heroicamente nos inclinamos sobre la caja intentando levantarla. Pesaba de un modo horroroso. En uno de los esfuerzos resbaló Thompson y cayó al suelo dando con las narices en el fardo de los quesos. Levantóse dando traspiés como si estuviera ebrio y con la mirada de un loco y el ademán frenético, se dirigió hacia las compuertas del furgón, las abrió de par en par y salió a la plataforma, dispuesto a pescar una pulmonía antes que seguir al lado del brigadier.

Imité la conducta de Thompson. Aquello nos hizo revivir. Cuando pudimos hablar cambiamos algunas frases de felicitación, considerándonos libres del peligro. Pero no pudimos continuar mucho tiempo a la intemperie. Seguía nevando y hacía un frío siberiano. Thompson rompió la marcha diciendo:

—Después de todo, no nos ha venido mal este ratito de ventilación. Ahora será ya diferente, puesto que el general ha mudado de sitio.

Le saqué del error, manifestándole que la caja permanecía en su primitiva posición.

—Resignémonos, pues — dijo Thompson, — y busquemos otro remedio a nuestros males. Desde el momento en que el general se niega a trasladarse, no es prudente contrariarlo. Vale más dejarlo tranquilo. Saldríamos perdiendo en la partida. El general, tiene por ahora en su mano todos los triunfos.

Penetramos en el vagón y cerramos las compuertas, porque el frío iba en crescendo. ¡Qué noche, buen Jesús! Thompson bajó en una de las estaciones, volviendo con aire de triunfo. Llevaba en la mano un enorme objeto.

—Por esta vez — dijo — hemos triunfado. El teniente brigadier es nuestro. Aquí traigo el arma que ha de darnos la victoria.

Era un bidón de ácido fénico. Regamos con prodigalidad el piso. La caja de fusiles quedó literalmente inundada, y con la caja de fusiles el fardo de los quesos y todas las mercancías. Terminada nuestra obra nos sentamos y respiramos, llenos de halagüeñas esperanzas. Pero, sí, ¡buena la habíamos hecho! Amalgamáronse los dos perfumes, resultando una mezcla tan espantosa que, como impulsados por un resorte, nos precipitamos Thompson y yo en busca de la plataforma. Una vez fuera, dijo mi infeliz compañero de desventuras:

—¡Imposible luchar con "él"! Aprovecha en su favor nuestras armas, las impregna de su aroma y nos las devuelve inutilizadas. Ahora es cien veces peor que al principio. Jamás he visto un difunto tan testarudo ni de peor intención y eso que he trasportado docenas de ellos, como he tenido ya el honor de manifestar a usted.

La helada ateria nuestros miembros. Entramos. El olor nos volvía locos. Salimos. Y así seguimos varias horas, entrando, saliendo, alternativamente sudando, tiritando, inspirando y expirando. ¡Qué infernal y eterno suplicio.

Al cabo de una hora llegamos a otra estación, que aprovechó Thompson para ir en busca de algún remedio.

—Ahora va de veras — dijo al volver al vagón, conduciendo sobre sus hombros un abultado saco. — Esta será nuestra última tentativa. Si no vencemos hay que cantar la gallina y dejar el campo al capitán general. Probemos.

Thompson vació el saco. Brotaron de allí multitud de objetos a cual más extraños: plumas de ave, mondaduras de patatas, colillas, trapos, zapatos viejos, trozos de azufre y asafétida. Hicimos una pira sobre una plancha de zinc y le prendímos fuego.



La helada, ateria nuestros miembros

Cuando aquello empezó a arder se escapó de nuestros pechos un grito de triunfo. ¡Eureka! Habíamos apabullado al muerto. Los malos olores de antes eran al lado de éste suave fragancia de violetas y de ámbar. A pesar de todo ¡parecerá increíble! el hedor primitivo subsistía tan enérgico, tan irresistible como en los comienzos del viaje. Thompson sufrió un síncope. Al volver en sí, murmuró con apagado acento:

—Lléveme usted a la plataforma. Nada nos resta que hacer. Está visto: el geenralísimo quiere viajar solo. Es un capricho que se le ha metido entre ceja y ceja. Y ¡vaya usted a convencer a un difunto!

Después, el casi moribundo conductor añadió:

Y no es eso lo peor, sino que estamos emponzoñados. Llegamos a la estación final de nuestra vida. Puede usted encargar sus papeletas... Ya verá cómo se resuelve todo esto en unas calenturas infecciosas. Por mi parte ya las siento venir. Sí, caballero: como dicen las sagradas escrituras...

Thompson perdió el conocimiento, y yo caí junto a él a los pocos segundos.

Cuando nos retiraron de la plataforma, una hora después, estábamos rígidos, insensibles, yertos. A consecuencia de la aventura enfermé gravemente. Pasé tres semanas delirando como un loco. Al abandonar el lecho supe que había pasado la trágica noche en compañía de una inofensiva caja de fusiles y de un par de quesos, sin malicia alguna. La verdad llegó tarde, sin embargo. La imaginación había realizado su obra. Mi organismo se encuentra destruído para siempre. Ni el dulce clima de las Bermudas, ni las drogas más poderosas, podrán devolverme la salud. Aquel fué mi último viaje. Vuelvo a mi hogar para morir.

Mark TWAIN.

Fué el Delantal, en Primitivos Tiempos, Una Prenda de Importancia Suma

El delantal tuvo en los primitivos tiempos gran importancia, como que era la única prenda. Ya se sabe en qué consistió el vestido usado en el paraíso por nuestros primeros padres; era un delantal pequeño, modestísimo, por más que la tela de que estaba hecho no resultaba nada cara y que bien se hubiera podido derrochar en ella un poco.

En Egipto, el delantal fué el traje nacional, el verdadero traje del pueblo. Según nos muestran algunos monumentos funerarios, el delantal más antiguo egipcio llamado "shentu" era de forma triangular, de cuero, y se ajustaba al cuerpo por medio de un cinturón. La prenda, aunque usada por las mujeres, fué allí sobre todo para los hombres y lo que es más curioso, en vez de destinarse a cubrir el vientre, cubría la parte posterior, es decir, que era un delantal nada delantero.

Después apareció un delantal para la parte anterior y se conservó el otro, que siguió anudándose delante y colocándose encima.

Toda la primera edad egipcia, así como las primeras edades de Grecia y Roma, son épocas en paños menores, muy menores; el delantal era todo el vestido; la túnica y la camisa griega vinieron mucho después. Los romanos lo adoptaron, o tomándolo directamente de los egipcios o modificando el "jiton" griego, que era un paño provisto a veces de una manga, y también un simple delantal como el que han usado algunos obreros del campo. Los etruscos lo llevaban cerrado, como un faldellín, y así pasó al ejército, aunque la introducción en éste de la "zona" o faldilla no aparece con claridad hasta la época de Trajano.

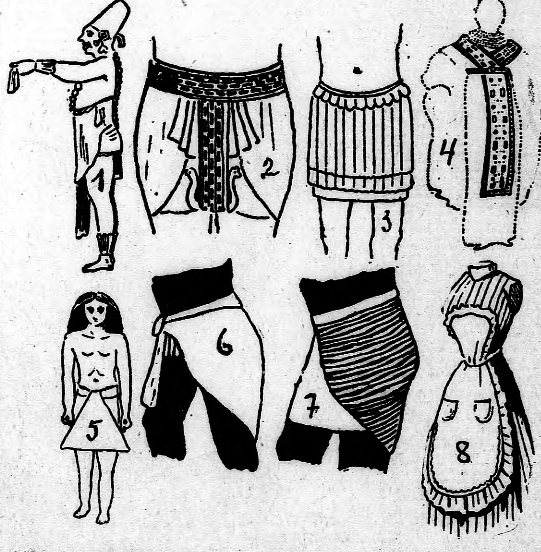
También se encuentra el delantal en los orígenes de las civilizaciones americanas, y más perfeccionado por cierto que en el mismo Egipto, como puede observarse en un detalle de la Cruz de Palenque, monumento prehistórico de la América Central.

Esto confundirá a los que creen que los indios americanos no progresaron nada en materia de sastrería; en aquellos tiempos y comparados con los primitivos egipcios eran unos "dandies".

El lujo antiguo pasó por el delantal sin añadirle gran cosa; en realidad, han sido pocas las modificaciones de esta prenda; lo que sucedió es que otras fueron convirtiéndose en delantales. La estola bizantina, por ejemplo, de simple cinta colgada al cuello, pasó a ser una franja adornada con cruces y veneras y llegó a transformarse en la espléndida y magnífica banda de las emperatrices, bordada de oro y recamada de piedras preciosas.

Vean cuánto nos enseña la historia sobre esta sencilla prenda. Todo este abolengo ilustre tiene el modesto delantal que hoy lucen las sirvientas y que se ponen los obreros para ejecutar sus trabajos. Después de saber su historia, siente uno por el delantal mucha más estima que por las elegantes prendas que la moda crea y que tienen una vida efímera aunque brillante. Esas prendas cuya idea nació en el cerebro de una modista parisiense no son de nobleza tan vieja, no pueden compararse con el delantal, no las llevaron los egipcios ni los romanos.

En cuanto a la forma del delantal de hoy, no se necesitan muchas noticias, por lo que nos limitamos a presentarlo junto a sus ilustres ascendientes.



1 "Zona", delantal cerrado de los legionarios de Trapano. 2 Delantal y cinturón fenicios. 3 Doble delantal egipcio. 4 Rica banda de las emperatrices de Bizancio. 5 El "shentu" primitivo delantal egipcio. 6 Delantal posterior de los egipcios. 7 Delantal de nuestros días

El Paraguas de Mi Tío

Cuando yo tenía diez y ocho años, mis padre me enviaban todos los domingos a almorzar — bastante mal por cierto — con mi tío Antonio, viejo avariento, muy rico y de un genio insufrible.

Un domingo, mientras almorzábamos juntos y escuchaba yo sus interminables sermones acerca de la economía y de otros temas tan divertidos como ése, comenzó a caer un chaparrón espantoso.

—En mala hora viene esta lluvia — dijo mi tío, — porque hoy precisamente debes ir a casa de un comerciante mayorista de vinos a quien he recomendado que te coloque.

—Iré, aunque me moje algo — indiqué tímidamente.

—Harás bien, porque te espera. Mas no puedes ir así; hace un tiempo espantoso.

Vaciló unos momentos y al fin me dijo:

—Voy a prestarte mi paraguas. Hace quince años que no me separo de él; veremos cómo me lo tratas. Si lo echases a perder, no me consolaría nunca.

Y me condujo casi políticamente a la puerta.

Aquel paraguas era una horrible antigualla, enorme, de tela verde muy ordinaria, con un puño tan grueso como la pata de una mesa y terminado por una bola gruesa y pesadísima.

Cuando lo abrí en la calle, me dieron ganas de llorar. Me parecía que todo el mundo se fijaba en mí. Por fortuna, al cabo de un rato paró la lluvia y quise cerrar aquel vergonzoso artefacto. Pero el paraguas de mi tío no se cerró.

Insistí, empleando la dulzura, la violencia, el esfuerzo continuo y las pequeñas sacudidas. Todo inútil. El cielo estaba azul, el sol, radiante, y yo atravesaba las calles con aquel espantajo abierto. Esta vez ya no era ilusión; los transeúntes me miraban como a un bicho raro, muchos se reían de mí, dirigiéndome pullas que les parecían muy chistosas. Aturdido, daba con las varillas a éste y al otro, que me colmaban de injurias y amenazas. Mi paseo era una horrible ovación.

Por fin llegué a casa del fabricante de vinos. Pero la tienda, por ser domingo, estaba cerrada y tuve que subir a su casa particular. Como no podía subir con aquel enorme paraguas abierto, se me ocurrió dejarlo en el portal.

El comerciante de vinos me recibió afectuosamente y ya íbamos a entrar en materia, cuando se oyó en la escalera una gritería y la portera llamó furiosamente:

—Señor — gritó, — voy a quejarme al propietario. De nada sirve que me afane por tener la casa limpia si las visitas se entretienen en secar sus paraguas en el portal. ¡Y qué paraguas!...

Mis excusas fueron inútiles; el comerciante torció el gesto y no tuve más remedio que proseguir mi vía crucis, en medio de la extrañeza del público y de la rechifla de los chiquillos y de algunos grandes.

Ya estaba cerca de casa de mi tío, cuando un vigilante me detuvo, preguntándome por qué razón llevaba el paraguas abierto con un sol de justicia y alborotando a las gentes.

Le enteré de mi desgracia, y entonces el vigilante, que era un hombre muy forzudo y presumía de hábil, echó mano de aquel estrafalario mecanismo y se esforzó en cerrarlo.

Su empeño fué inútil; no había modo de sacar partido de aquella calamidad. Le rogué que me lo devolviera; pero el amor propio del vigilante se había exasperado con lo vano de sus tentativas, y con tal energía tiró de las varillas que el fin se salió con la suya y me devolvió cerrado el paraguas. ¡Pero en qué estado, Dios eterno!

Reventado, dislocado, con la tela verde llena de rasgones que daban paso a ballenas rotas, presentaba el aspecto de un enorme murciélago muerto a fuerza de martirios y que hubiera estado muchos meses clavado contra un muro.

Cuando mi tío recibió de mis manos aquellos despojos, dió un alarido de furor, se puso rojo como la grana, después violeta y por último de color de naranja, y creí que se acercaba su última hora.

Pero no murió. Estaba destinado a dar todavía mucha guerra en el mundo.

Cuando se repuso algo, con un sólo ademán, un ademán trágico de su brazo larguirucho y tembloroso de indignación, me maldijo y me señaló la puerta.

—¡Miserable! — me gritó. — Eres la afrenta de tu familia y el oprobio de mi ancianidad. Has destruído por gana de hacerme daño, por pura maldad, o si no por estupidez, lo que es peor aún, uno de los objetos que tenía en mayor estima, y con ello me has causado una herida incurable.

¡Bárbaro desconsiderado! ¡Que Dios



me maldiga si llegas a ver un centavo mío!

Y véase de qué modo tan sencillo perdí setecientos mil francos de herencia.

Maurice LE VEINARD

La Mayor Parte de la Gente, Tiene una Idea Equivocada de la Verdadera Forma de un Rayo

Nadie puede negar que el rayo es una de las cosas más antiguas del universo; por eso mismo parece imposible que aún en nuestros días sea uno de los fenómenos meteorológicos peor conocidos. La mayor parte de la gente ni siquiera tiene idea exacta de su figura, y se lo representa como una línea quebrada; así aparece en muchos dibujos aun en los que ilustran obras científicas, y todavía hay libros de texto y de vulgarización que distinguen tres clases de descargas eléctricas de la atmósfera: en zigzag, en faja o en cortina, y en globo o esféricas.

El rayo en zigzag no existe; no ha existido jamás sino en las manos de Júpiter o entre las aceradas garras de su águila; pero engazado por estas representaciones clásicas, puramente convencionales, el célebre físico Arago inventó aquel nombre de buena fe, y por aquello de "magister dixit" todo el mundo describió y pintó esa forma como la más común y característica del rayo. Su existencia la negó por vez primera el inglés James Nosmyth. Por supuesto, nadie le hizo caso, y todos siguieron creyendo en el rayo en zigzag hasta que vino la fotografía instantánea a darle la razón. Como el galope del caballo, como las actitudes del hombres al correr o al saltar, como tantas otras cosas, el rayo no fué bien conocido hasta que la fotografía nos reveló su verdadero aspecto.

Hoy día, el uso del cinematógrafo, que permite analizar el rayo revelando su estructura en momentos sucesivos de tiempo, ha revolucionado por completo nuestras ideas acerca del rayo.

El procedimiento ha sido especialmente perfeccionado en estos últimos años, por M. Walter, que emplea dos máquinas simultáneamente, una fija y otra dotada de lento movimiento sobre un eje vertical, por medio de un mecanismo de relojería. De este modo se obtienen dos fotografías, una mostrando las posiciones relativas de todas las descargas que ocurren dentro de un campo determinado, y otra que analiza las que tienen una duración sensible. Una comparación entre las dos muestra la relación de tiempo de las varias fases del fenómeno.

De las observaciones hechas por este procedimiento resulta que el rayo que vemos es un efecto de la incandescencia del aire a lo largo del camino que recorre la descarga eléctrica; que puede ser sinuosa, espiral o en lazo, aparte de las formas globular y en banda; que suele presentar numerosas ramificaciones; que consiste, en fin, por regla general en varias chispas o descargas indepedientes y sucesivas cada una de las cuales es instantánea, y que siguen un mismo camino.

Todavía no se sabe con certeza la verdadera naturaleza de la luz del rayo, que ofrece la particularidad de ser más viva en ciertos puntos de su recorrido, como lo indican las líneas horizontales blancas que aparecen en la segunda de las fotografías de M. Walter que reproducimos. Se supone generalmente que la incandescencia del aire persiste unos instantes después de la descarga, y que a eso se debe que no haya en el rayo visible solución de continuidad; pero hay quien admite que dicha luz es debida a la reacción de óxido nítrico y ozono formado en la descarga. Hay, en fin, quien cree que la continuidad de la línea luminosa puede ser sólo aparente: un defecto óptico, y en la fotografía un defecto de la técnica. Este último parece explicaría la existencia de los llamados rayos de perlas o en rosario, que se describen como series de puntos luminosos que producen el efecto de sartas de perlas.

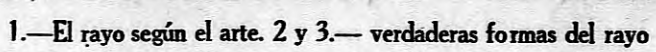
Los tales rayos serían simplemente rayos comunes mejor observados que los otros.

Bueno será advertir, sin embargo, que en algunos casos las tales perlas no son sino partes de un rayo continuo vistas a través de diferentes tersticios de las nubes.

También hay los llamados rayos estrellados, o estelares. En opinión del meteorólogo Prinz no son sino vulgares rayos ramificados vistos en perspectiva, en el sentido de su longitud. El nombre de rayo en cortina o en bandas suele aplicarse a ciertas descargas difusas y sin ruido.

Se ha llamado también así a la reflexión de rayos ordinarios ocultos por las nubes que ocurren bajo nuestro horizonte, y sobre todo a esas culebrinas o rayos "de calor" que se observan en el horizonte al atardecer de los días bochornosos de verano, y que en realidad son el reflejo de tormentas demasiado lejanas para que lleguen hasta nosotros.

En cuanto al rayo globular, o globo de fuego, está todavía por estudiar, y muchos autores ni siquiera lo incluyen en la categoría de los rayos propiamente dichos.



1.—El rayo según el arte. 2 y 3.— verdaderas formas del rayo

El Salvaje Australiano y el Hombre Prehistórico



Salvajes dedicados a la caza kanguro

Si a América, que nos es conocida desde hace más de cuatro siglos se la denomina el Nuevo Mundo, con más razón deberíamos llamar mundo novísimo al Continente australiano, aunque sólo desde el punto de vista histórico, porque si bien es cierto que hasta 1770 no exploró Cook aquellas tierras, lo descubierto allí permite asegurar que Australia es la más antigua parte del planeta, en la que aun subsisten ejemplares zoológicos ya extinguidos en el resto del globo, como, por ejemplo, el ovíparo saurio picudo.

Pero, además, el hombre conserva allí milenarias costumbres, como la de guarecerse en cavernas, y antiquísimas son también muchas de sus prácticas cinegéticas. Aquellos indígenas hacen vida nómada y oponen tenaz resistencia a las normas de la civilización.

Pocos son los negros australianos que se aventuran hasta las inmediaciones de los centros de colonización, y al permanecer en ese absoluto aislamiento no progresan, como es natural, ni en ideas ni mucho menos en costumbres. Hay, pues, entre los moradores del Norte, del Oeste y del interior de Australia un contingente de unos 100.000 seres que viven hoy exactamente igual que sus remotos antepasados de la edad de piedra, caso verdaderamente extraordinario en un país sometido al influjo europeo.

La antigüedad de la raza está principalmente demostrada por el tipo que en ella predomina, y que presenta rasgos característicos del hombre prehistórico. En el orden moral, existe el indicio de esa irreductible independencia, en la que es tanto más de lamentar que persistan cuanto que algunos niños pertenecientes a esas tribus nómadas e insociables han llegado a frecuentar escuelas, merced a pacientes gestiones realizadas por los misioneros, y han dado muestras de gran aptitud para las matemáticas y el dibujo.

La religión de las tribus australianas se reduce al temor a los espíritus demoníacos, para aplacar las iras de los cuales son frecuentes las ceremonias en que se procede a la inmolación de mujeres.

Hay también fanáticos que se prestan a que les sea extraída sangre en no escasa cantidad de los brazos y piernas, líquido que se recoge en una vasija de madera y que se utiliza para ciertos conjuros mágicos.

El australiano, familiarizado con la selva desde el tiempo en que alentaron sus primeros ascendietes, trepa a los árboles con la agilidad de un simio, y de natural belicoso, utiliza sus armas primitivas para dirimir agravios, lo que hace frecuentes las contiendas entre esos salvajes, que se contentan con herir al adversario. Rara es la vez en que uno de los contrarios no queda muerto.

Su favorita ocupación es la caza, y armados de grandes lanzas salen al encuentro de las piezas, cuya carne constituye el principal alimento de esas tribus, que con tanto tesón mantienen su secular aislamiento.

Esos indígenas, como los de otras tierras de Oceanía, como los de América, como los de todos los países en que se establece y domina la raza blanca, decrecen de un modo rápido y tienden a desaparecer. Son los primitivos habitantes de Australia, de raza negra oceánica, de color completamente negro unos, cobrizo obscuro otros, más o menos parecidos al tipo papúa o al polinesio. Son muy velludos, tanto que aparecen cubiertos de pelo sus hombros y espaldas; tienen el cabello abundante y ondulado, la cabeza pequeña, estrecha la frente, la nariz muy ancha, la boca enorme, la barbilla poco desarrollada, los ojos negros y hermosos, las cejas espesas y el cuerpo bien proporcionado. Sus lenguas no expresan ideas abstractas, pero, en cambio, tienen abundancia de términos para designar los diversos puntos del horizonte. Y como hemos indicado, la raza blanca aumenta allí no sólo por el excedente de los nacimientos, sino por la inmigración.



Australiano de raza blanca, que presenta semejanza con el tipo del hombre de las cavernas

Los Dos Raspas

Cuando el voraz Arsenio Rupín, derrochador impenitente, hubo malgastado los billetes azules de la herencia paternal y los napoleones de dos viejas tías de provincia y los dólares de un tío del Connecticut, se le quitaron las ganas de reir.

Sin un franco en el bolsillo ¿cómo podría llevar en adelante la fastuosa vida de "gentleman" a que estaba acostumbrado?



El trabajo, aunque fuese bien retribuído, le inspiraba una repugnancia invencible. Un sólo empleo se hubiese avenido con sus gastos de aristócrata refinado: el de liquidador de congregaciones. Pero no había ninguna vacante.

Sin embargo, le era indispensable procurarse subsidios. Y meditaba tristemente ante un montón de facturas no pagadas al sastre, zapatero, camisero y otros proveedores de menor cuantía.

La inspiración genial no descendía sobre su frente; pero recorriendo las columnas de un diario se fijó en una gacetilla titulada: "Las hazañas de un raspa de hotel".

Era una relación de los robos audaces llevados a cabo por un aventurero en los mejores hoteles de la Côte d'Azur. La luz se hizo en el cerebro de Arsenio. No gritó ¡eureka! porque no sabía el griego; pero se frotó las manos, seguro de haber hallado una mina inagotable.

Aquella misma noche, después de haber comprado todas las herramientas perfeccionadas de un ladrón "art nouveau", tomó el rápido para Niza.

Se hospedó en el Hotel Adriático, haciéndose inscribir con el nombre de Arsenios Rupinée, noble heleno, que viajaba para distraer su neurastenia.

Vestía con exquista elegancia, tenía porte de gran señor y hablaba el francés sin el menor acento. Se le festejó, se buscó su compañía en la mesa y en el paseo.

Arsenio hacía observaciones, tomaba notas, y al cabo de una semana se creyó lo bastante documentado para ensayar un golpe de maestro.

Estaba fumando un habano en la terraza, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió y reconoció al conde Pegrovitch, un servio que se decía bárbaramente rico y que se había hospedado también en el Hotel Adriático, receptáculo natural de los personajes de su vitola.

Fumaron un rato, admirando el mar siempre azul. Y de pronto Pegrovitch después de lanzar una ojeada, si no circular por lo menos elíptica, murmuró al oído de Arsenio:

—Me parece usted un hombre inteligente. Yo tampoco soy bestia. Si quiere usted asociaremos desde hoy nuestras facultades observadoras y nuestros... medios ed penetración.

—No le entiendo a usted—dijo Arsenio con altanería.

Pegrovitch sonrió, murmurando:

—No me venga con melindres, Arsenio Rupín, y confíe ciegamente en mi discreción. No soy un polizonte, soy un colega.

El interpelado se obstinó en no querer comprender y Pegrovitch se encogió de hombros y se retiró gruñendo.

Contrariado Arsenio al verse reconocido, decidió dar el golpe sin más demora.

En la cena se mostró elocuente y contó multitud de historias para desorientar al servio, que no le quitaba ojo.

Una vez en su cuarto, preparó todas las herramientas indispensables, se desnudó y se echó encima un trapo negro de punto, para disimularse en la obscuridad. Después de media noche abrió su puerta, recorrió los pasillos, puso en juego sus herramientas y algunas veces el cloroformo, y recolectó no pocas joyas y carteras repletas de billetes de banco.

Para dar una broma pesada al conde Pegrovitch, que había querido echárselas de vivo con él, trató de abrir su puerta, pero no pudo conseguirlo.

—Bah!—pensó—ya estoy cargado como un camello; otra vez dejaré un recuerdo a Pegrovitch.

Volvió a su cuarto y se durmió con la conciencia satisfecha por el sentimiento del deber cumplido.

Al despertar por la mañana su primera mirada fué para el botín, tan hábil y penosamente reunido. Mas no quedaba ni rastro, y en su lugar, sobre la chimenea, encontró esta carta lacónica, pero que no carecía de elocuencia:

"Querido señor Arsenio Rupín:

"Ha hecho usted muy mal no asociándome a sus empresas de centralización.

"Es usted inteligente, pero no está en todos los detalles. ¡Qué diablo! cuando uno se pasea entre las dos y las tres de la mañana, debe cerrar cuidadosamente su puerta.

"Deseo que esta pequeña lección le sea provechosa para el porvenir. — *Juan Pedro Pegre, de las Batignolles, alias Pegrovitch, de Belgrado.*"

Santiago IVEL.

¡Evadirse! He Aquí el Eterno y Humano Anhelo de Todos los Prisioneros

El valor, la serenidad y la astucia desplegadas por el capitán Lux para escaparse de la fortaleza de Glatz, han dado interés a las historias de evasiones célebres.

El ejemplo más notable de feroz energía para recobrar la libertad la dió un soldado espartano llamado Hegesistrato, que no vaciló en cortarse un pie para librarse de la cadena que lo sujetaba. Caminó y se arrastró cierto trecho hasta que la pérdida de sangre le hizo caer desmayado.

Raros son tales ejemplosé pero no lo son tanto aquellos otros en que la libertad ha sido reconquistada por la astucia más bien que por la ferocidad. El cardenal de Retz, prisionero en el castillo de Vincennes, consiguió evadirse varias veces y su última escapatoria vale la pena de ser referida.

En 1654 fué trasladado al castillo de Nantes, confiado a la vigilancia del mariscal de la Melleraye. Este le guardaba todo género de consideraciones y el cardenal llevaba en su reclusión una vida tan agradable, que hasta se representaban comedias diariamente para distraerlo. Esto no obstante no se le perdía de vista ni un momento, y diez soldados velaban día y noche a la puerta de su aposento y lo seguían cuando se paseaba por las murallas y patios de la fortaleza.

Mas el audaz cardenal había resuelto escaparse y en pleno día se descolgó por la ventana de su prisión a los fosos



del castillo. Dos niños gritaron denunciándolo, pero se creyó que era una broma de los muchachos y no se les hizo caso. Un centinela quiso disparar su arma sobre él, pero el cardenal le intimidó amenazándole con ahorcarle por sus gentes. Una vez libre el cardenal se dirigió a París, eludió todas las persecuciones, burló todos los lazos que le tendieron y a marchas forzadas se fué a Roma, no regresando a Francia hasta después de la muerte de Mazarino, su implacable enemigo.

Entre los maestros del arte de la evasión, ninguno ha merecido la popularidad que alcanzó el famoso Latude. Este falso vizconde estuvo prisionero 35 años por haber querido ganarse la confianza de Mme. de Pompadour.

Según sus memorias, Latude trató doce veces de escaparse, lo consiguió tres veces y tanta admiración despertaron sus hazañas, que la asamblea legislativa le acordó una pensión. La primera evasión fué sumamente sencilla.

Recorriendo el castillo de Vincennes, adonde había sido trasladado en 1750, Latude se encontró en un patio, donde se puso a jugar con un perro. El animal en sus saltos y caídas vino a dar con una puerta mal cerrada, que cedió al golpe y el prisionero se encontró en el campo. Pocas horas después estaba en París y su libertad hubiera sido definitiva, si él mismo no se hubiese descubierto, enviando una carta a Quesnay, médico del rey. Apresado nuevamente lo llevaron a la Bastilla y tuvo por compañero de infortunio a un tal Allégre, con quien inmediatamente comenzó a preparar otra escapatoria. Más de 18 meses duraron los preparativos y esta vez su tentativa fué la más audaz que se conoce. Hizo primeramente un escondrijo de algunos metros debajo de su cuarto. Allí guardó largas cuerdas hejiendo sus camisas, vestidos, medias y ropas de cama, que podía ocultar. Adoptadas estas precauciones, comenzó el examen atento de la prisión. Huir por la ventana era imposible, pues las barras eran sumamente gruesas y no tenían medios de cortarlas; pero había en el cuarto una chimenea, y allí encaminó sus exploraciones, encontrando un enrejado no muy sólido; éste era el camino. Desde entonces los dos prisioneros pasaban sus noches en la chimenea, desembarazándola de todo obstáculo. Se quitaron las barras de hierro, y con la leña que les daban para calefacción lograron hacer un escala. Por fin señalaron para evadirse la noche del 25 de febrero de 1756.

Después de la comida ascendió Latude por la chimenea y no sin esfuerzos logró salir a los techos de la fortaleza. Desde allí subió cuerdas, escala y a su compañero Allégre. Una vez en la plataforma sujetaron las cuerdas a las almenas, las descolgaron en el vacío y pronto se encontraron al pie de los muros de la fortaleza. Pero aun no habían llegado al término de sus penas. Tuvieron que permanecer más de nueve horas en el foso, chapuzando en el agua fría cuando sentían acercarse alguna ronda. Lograron al fin salir y se encontraron en el camino de París.

Pero no pudieron disfrutar de su libertad mucho tiempo. Pasada la frontera fueron arrestados uno en Bruselas y otro en Amsterdam. Reintegrados a su cárcel, Allégre se volvió loco y Latude fué trasladado a Vincennes, de donde no tardó en escaparse. Esta fué su última evasión. Aprovechándose de la niebla, el día 23 de noviembre de 1765, el prisionero, que daba su paseo reglamentario, plantó a sus vigilantes y corrió a todo correr gritando: ¡Atájenle!, como si él fuera presguidor. La astucia le salió bien, y se encontró libre antes de que el presonal de la prisión se hubiera repuesto de la sorpresa. Pero Latude no era hombre laborioso, y su larga prisión lo había hecho más holgazán. A los pocos meses fué detenido por estafa y encerrado en Bicétre hasta 1784. Otra vez en libertad, gozó de consideración general, y cuando triunfó la revolución le acordaron una pensión que le permitió pasar tranquilo los últimos años de su vida. Los dedicó a escribir sus memorias y a curarse el reumatismo.

Tan legendario como Latude es acaso el barón de Trenk, oficial alemán al servicio de Federico el Grande de Prusia. Trenk luchó constantemente contra los croatas, y sus evasiones sucesivas



desconcertaban a sus enemigos. El último de sus cautiverios fué precisamente en esa misma fortaleza de Glatz, de donde ahora se ha escapado el capitán Lux.

El castillo de Glatz, edificado en la cima de una colina, es de un aspecto severo y glacial, y la vigilancia es allí tan rigurosa que no se cuentan sino tres evasiones en un siglo. La evasión de Trenk es una de ellas; pero poco pudo el prisionero disfrutar en libertad, pues entrando en Francia para ponerse al servicio de la revolución, ésta no reconoció su oferta y lo condenó a la guillotina.

Una evasión notable en tiempo de la restauración fué la de Lavalette. Por haberse puesto al servicio de Napoleón durante los cien días, el general Lavalette fué encerrado y condenado a muerte. Madame de Lavalette concibió entonces el proyecto de hacer escapar a su marido. Una noche entró en la prisión



con un permiso en regla para visitar a su marido y comer con él. Durante la comida, que no fué muy larga, puso a su marido al corriente de su proyecto. Todo consistía en que se vistiera con el traje de ella, y saliera así. Lavalette se dejó convencer.

A las 7 de la noche, el general, vestido elegantemente de mujer, y apoyado en el brazo de su hija, salió sollozando, cubriéndose la cara con un pañuelo. Al pasar ante la guardia, el portero le dijo: "Se retira muy temprano, señora condesa", mientras abría la puerta. El prisionero hizo una señal afirmativa y se metió en la silla de manos donde su mujer había venido. Gracias al concurso de dos oficiales ingleses, el general pudo pasar a Alemania, donde esperó su indulto hasta 1822. Mme. de Lavalette fué puesta en libertad.

EGO TE ABSOLVO

(Continuación de la pág. 5)

botín es mío, como Navarra es del rey Carlos, hijo de judía!

Joaquín Martínez se echó su fusil a la cara e iba a tirar, cuando la mujer, de un brinco salvaje, desvió el cañón y mandó la bala a perderse en las nubes.

Alzándose de hombros, Martínez tiró el arma descargada y de un navajazo en pleno vientre, tendió en el suelo a la prisionera de Careaga.

—¡Ah, canalla! — aulló el navarro precipitándose hacia delante y blandiendo su carabina.

Pero un nuevo navajazo cortó en sus labios el rosario de las blasfemias. Y se desplomó arrojando una espuma blanquecina por la comisura de los labios en el charco de sangre que salía del cuerpo de la mujer destripada.

Atraído por el ruido de la detonación, llegaba Miraillés seguido de unos cuantos hombres.

Martínez no intentó negar la riña.

Con sus ojos casi desprovistos de cejas por el estallido de un mal fusil, el cura bandolero abarcó la escena.

—¡Puercos! — gruñó sordamente. — Veamos la hembra. ¡Hermosa mujer despachada de un negro navajazo! ¡De qué te ha servido, inocente narciso! Careaga, por lo menos, ha gozado. Bien, muchacho — repuso dirigiéndose a Martínez, cuyos ojos no se despegaban de él — ¡es muy bonito eso de querer robar el botín de un compañero! Eh, vosotros! Dejadme confesar a este pagano; aquí no se os necesita para nada. Di tú "confiteor", Martínez, y haz acto de contrición.

—"Ego te absolvo — murmuró Miralles con un gesto de bendición... — ¡Puercos, malditos hijos de perra que se destrozan por una hembra!

Y en seguida, encañonado bruscamente su fusil hacia el individuo, le abrazó los sesos sobre los dos cadáveres.

—¡Si les dejase uno hacer a estos mocitos — refunfuñó — no tendría don Carlos ejército dentro de poco!

¿Donde van ustedes?

A buscar a esos dos pilletes.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

EL JUEGO DE LA "PANZAMBA"









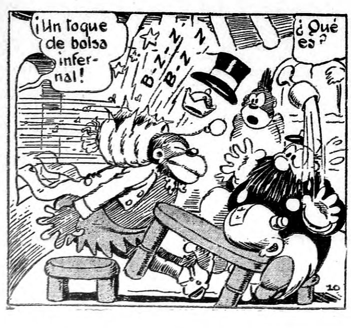














 11

Su Majestad no es un mal explorador. Es además el inventor del espejo en el sombrero y de la pazamba. ¿Y el nuestro; "el golpe de la bolsa infernal".

Si hermano, el capitán creyó que la pazamba era un gran juego. Pero no des la lata que pueden oirte y descubrirnos....

Knerr 25 12